



HERMAN TELLGON

MUERTE EN EL F.B.I.



DERECHOS RESERVADOS
© EDITORIAL ROLLAN, Madrid, 1960
PRINTED IN SPAIN



EDIFICIO ESPAÑA - MADRID

N.º Rgto. 869.—1960

DEPÓSITO LEGAL: M. 2925.—1960

JOSÉ RUIZ ALONSO - Impresor - Quiñones 2 - Tel. 24 86 81

I

«BALAS» Curtís acarició la rugosa culata del Colt de reglamento que negreaba en su mano.

Una áspera carcajada brotó de su garganta. Dijo:

—Claro que voy a matarte, imbécil. ¿Crees que me gusta ver tu cara de mono, idiota?

En los ojos de su interlocutor ardía una hoguera de odio terrible.

«Balas» pensó que no parecía tener miedo. Le llegó la voz del otro fría, serena:

—¡Estás locos! ¿Por qué...?

Las pupilas de Curtís, puñales acerados, carentes de humanidad, parecieron congelarse aún más.

El suave contacto de su dedo índice sobre la superficie del gatillo se hizo intolerable.

Contrajo la mano súbitamente. Tres rápidas detonaciones, que resonaron apagadamente en la cerrada habitación, acallaron para siempre la voz del otro.

El criminal observó la silenciosa caída de su víctima impasible.

Luego se acercó al inerte montón de ropa en que se había convertido el cuerpo vivo un momento antes.

Le dio la vuelta con el pie. Dos de los disparos habían alcanzado su objetivo a la altura del corazón.

Una mancha rojiza coloreaba la blanca camisa; se iba extendiendo poco a poco.

El rostro, destrozado por el tercer disparo, se había convertido en una masa de carne sanguinolenta, irreconocible.

Durante algunos instantes contempló al caído. Luego, murmuró entre dientes:

—¡Fred Manning!

Abandonó finalmente su inmovilidad. Su cuerpo era una masa de carne y músculos que respondían prontamente a sus órdenes mentales.

Pulsó el timbre adosado a la pared, junto a la maciza puerta de madera, recubierta de una protección metálica.

En respuesta a su llamada, un hombre se presentó. De amplios hombros y caderas estrechas, su cabeza semejaba un coco puesto en equilibrio inestable sobre el corto cuello.

Los ojillos negros del «gorila» miraron impasibles el cadáver. Comentó:

—Acabó ya el asunto, ¿eh, jefe?

A continuación pronunció la oración fúnebre del desdichado en pocas palabras:

—Bueno —masculló—, la ciudad estará más limpia sin un tipo asqueroso como ése. Se lo merecía. Un estorbo menos...

Curtís inclinó la cabeza en señal de asentimiento. Las gafas negras, sin graduar, que se había colocado antes de la entrada del «gorila», eran como una máscara sobre su rostro inescrutable. Ordenó:

—Llevad a cabo ahora lo que habíamos dispuesto, «Torpedo». Y no quiero filigranas, ¿comprendido?

—Seguro, jefe. No habrá equivocaciones, seguro.

Levantó el cuerpo sin aparente esfuerzo. Salió de la habitación con su carga siniestra.

Recorrió el largo pasillo que se abría ante él, desembocando al fin en un vestíbulo donde esperaban otros dos hombres.

Colocó el cadáver sobre el diván de cuero rojo que allí había.

Luego, en unión de sus compinches, roció con gasolina la ropa del asesino.

Actuaban con la impasibilidad de carniceros en el matadero.

Una vez finalizada la operación, «Torpedo» volvió a recoger su carga macabra.

Salieron a la calle, oscura, especie de tubo recalentado por el terrible calor que se abatía sobre la ciudad.

Subieron a un coche, estacionado ante la puerta de la casa de dos plantas que acababan de abandonar.

El Chrysler de ocho cilindros arrancó con un apagado rumor.

Se deslizó suave al principio, acelerando luego, manejado por un

conductor sin nervios.

Cruzaron la silenciosa, solitaria Broadway, dirigiéndose hacia el East River.

Cercanos a la Calle Sesenta, «Torpedo» ordenó:

—Frena un poco ahora, «Labios». Nos estamos acercando.

La mole del edificio Honeyman se destacaba sombría a su derecha.

Al llegar a la altura de la entrada principal del rascacielos, hicieron alto. «Torpedo» abrió la portezuela derecha del Chrysler.

Imprimió un vigoroso impulso al cadáver. Luego arrojó una cerilla sobre él. Se convirtió en una hoguera en pocos segundos. Al mismo tiempo, el otro bandido que completaba el trío, oprimió el gatillo del revólver que había sacado de la funda de axila.

Disparó tres veces en rápida sucesión. El conductor aceleró, obligando al coche a dar un salto.

Las cubiertas rechinaron sobre el asfalto recalentado, confundiendo sus ecos con los sonoros de los disparos.

«Torpedo» gruñó:

—Tú, imbécil, ¿quieres matarnos?

Murmuró el otro resentido:

—El jefe dijo que nadie debía vernos, ¿no? ¿Tienes miedo a despeinarte, «escultura»?

Nada respondió «Torpedo», convencido de la razón de su compañero.

Tras ellos quedaron los ecos de la incursión siniestra, desvelados los escasos vecinos de la zona industrial donde los hombres de «Balas» Curtis abandonaron su carga fúnebre.

Las detonaciones resonaron como secos trallazos de un látigo descomunal, manejado por un gigante.

El áspero chirriar de los neumáticos sobre el reseco asfalto subrayó la voz de la muerte.

La inclinada cabeza del portero nocturno del edificio Honeyman se alzó bruscamente.

Acababa de ser arrancado de un sueño donde se veía rodeado de camas maravillosas, en suntuosas habitaciones con instalación de aire acondicionado y cuerpos de bellas mujeres, que, cosa singular, todos estaban rematados por la cara de Jane Russell.

Durante algunos segundos se produjo un extraño fenómeno en

su interior.

Retrocedió al pasado. Creyó hallarse aún en las cálidas, húmedas playas de Guadalcanal, esperando la silenciosa aparición de algún pequeño japonés de ojos oblicuos, corazón lleno de odio.

No obstante, recobró en seguida la exacta percepción de las cosas.

Abandonó su «jaula» de cristal, encaminándose al exterior. Una bocanada de aire caliente azotó su rostro.

Sobre su cabeza, las estrellas aparecían desdibujadas, pálidas joyas incrustadas en un cielo negro.

Observó algo que ardía en el centro de la calzada, un montón de ropas en apariencia.

Se acercó reluciente. Cuando se encontró más próximo, apresuró el ritmo de sus pasos.

Le llegó un ronco jadeo, semejante al rumor de una dinamo semi agotada.

Se detuvo vacilante. Mas en seguida avanzó de nuevo. El pensamiento angustioso de que era un cuerpo humano lo que ardía se deslizó en su cerebro.

De repente, corrió hacia el interior del edificio. Arrancó violentamente del lugar donde se hallaba colocado uno de los aparatos extintores de incendios.

Salió de nuevo. Accionó el aparato dirigiéndolo hacia la horrible tea humana que se retorció a corta distancia.

Poco más tarde se inclinaba sobre el cuerpo. Le dio la vuelta.

Le acometió una náusea profunda. Retrocedió sobresaltado. Jadeó presa de un súbito cansancio.

La cara semi destrozada que le miraba desde el suelo, débilmente iluminada por la luz de neón del alumbrado público, constituía un espectáculo horrendo.

Se encaminó velozmente hacia su cabina. Poco más tarde había dado la alarma.

Mientras esperaba a la policía, creyó hallarse bajo la observación de algún ser enloquecido, que odiase a la humanidad.

La náusea se repitió. Tuvo que vomitar.

II

STAMLEY Garret secó el sudor que corría por su frente con un irritado ademán. Murmuró:

—Bueno. ¿Qué ocurre, Mac Bride?

Angus Mac Bride, descendiente de escoceses en todas las ramas de familia, mordió con rabia el semi destrozado extremo de la pipa que apretaba entre los dientes.

Eran muchos los motivos de disgusto que albergaba el Jefe de División del

F. B. I.,

en la ciudad de Nueva York.

Crímenes en creciente proporción, complicaciones con bandas juveniles, ataques de los políticos... Y, sobre todo, la ola de calor que desde varios días antes aplastaba la ciudad con un manto pesado, sofocante.

Gruñó con seca entonación:

—Supongo que te has enterado de lo ocurrido a Fred Manning, ¿verdad?

Asintió Garret con un gesto de la cabeza. Sus anchos hombros desbordaban el respaldo de la silla que ocupaba en varios centímetros a ambos lados.

—Bueno, ¿qué te parece?

Los ojos de Garret poseían una sutil cualidad que los convertía en fuente de inquietud para sus interlocutores.

Era como si estuviesen dotados del poder de adivinar los ocultos pensamientos de cualquiera, semejantes a microscopios reveladores de la vida microbiana.

Dejó vagar la mirada por la estancia donde se encontraban durante algunos instantes antes de contestar.

A través de las entornadas persianas modernistas se filtraba un sutil rayo de sol, surcado por legiones de partículas diminutas.

Contestó al fin:

—Le mataron, ¿no es eso? ¿Qué otra cosa puedo decir?

El largo cuello de Mac Bride pareció de pronto oprimido por el dogal de la camisa a cuadros blancos y negros que vestía.

—¡Demonios! ¡Claro que lo mataron! ¡Malditos sean esos cerdos! ¡Una muerte horrible! Pudimos identificarlo gracias al extintor de incendios manejado por aquel hombre del edificio Honeyman. De lo contrario...

Sus dientes se apretaron con ira alrededor de la pipa. Abandonó el sillón situado tras la mesa de despacho; paseó agitado.

—Tres de nuestros hombres en poco menos de un año Stamley. ¿Recuerdas? Eliminados como ratas, torturados, descubiertos apenas lograron ponerse en contacto con esa banda de forajidos...

Se detuvo a corta distancia de Garret. Finalizó, deslizando en sus palabras el hielo de una resolución inquebrantable:

—Tenemos que «cazar» a «Balas» Curtís, Stamley. Es necesario que ese hombre desaparezca..., a menos que hayamos de confesar nuestra impotencia para acabar con sus actividades.

Durante algunos instantes quedaron en silencio sumidos en pensamientos difusos.

Garret, cuyo poderoso cuerpo semejaba estar atornillado a la silla, dijo:

—Hay algo raro en este asunto. Me gustaría que habláramos con absoluta claridad, Mac. ¿Puedo hacerlo?

—Claro que sí —estalló el otro—. ¿Qué supones que te estoy pidiendo?

—Bien; te diré algo para empezar. Alguien está traicionando al F. B. I.

Y ese alguien es el culpable de la muerte de nuestros hombres.

La expresión de Mac Bride no sufrió cambio alguno. Se limitó a mirar fijamente a Garret, dejando que la pipa cayera sobre su labio inferior.

Prosiguió Stamley:

—En cada caso se tomaron las precauciones máximas. Un número reducido de personas conocía la acción emprendida. Todas ellas vinculadas a la organización. Y, sin embargo, «Balas» Curtís

supo dónde encontrar a su hombre siempre.

Estableció una pausa. Sacó un cigarrillo de un arrugado paquete. Desdeñó enjugar el sudor que de nuevo empapaba su frente.

Prosiguió:

—Sería tonto insistir en el mismo juego. Ello únicamente serviría para entregar nuevas víctimas, sin posibilidad de defensa, en manos de los bandidos. A menos que...

Se detuvo. Arrancó una bocanada de humo al cigarrillo. Lo expelió después nimbando su cabeza, rematada por una enmarañada mata de cabello rojizo, con una aureola blanquecina.

Mac Bride urgió:

—Vamos, Stamley. Continúa. Estoy escuchando impaciente.

Garret clavó sus ojos claros en el rostro expresivo del inspector.

Bruscamente inquirió:

—Me llamaste para encargarme algo, ¿no es así? Convendría que te explicaras antes de que continuase hablando.

Mac Bride conocía bien a Garret. Probablemente mejor que persona alguna en el mundo.

Fue él quien determinó que el joven ingresase en el
F. B. I.

Paso a paso había seguido la brillante carrera de Garret.

Éxito era el sinónimo, que mejor cuadraba al agente federal. Porque Stamley Garret, además de un cuerpo dotado de excepcional vigor, auténtico atleta, capaz de hazañas físicas casi increíbles, poseía un cerebro de primer orden.

Siguió la indicación de su interlocutor. Comunicó:

—Es fácil decírtelo, Stamley. Supongo que más o menos supones lo que es. Quiero que te encargues cíe arrancar la «cabellera» a «Balas» Curtis. Y esta vez no podemos fracasar, ¿entendido?

Aplastó Garret el extremo del cigarrillo en el cenicero de bronce que había ante él.

Comentó:

—¡Caramba! Creí que eras mi amigo, Mac. ¿Quieres heredarme? Dejó el tono de broma para añadir:

—Estoy dispuesto a empezar, pero con una condición.

—¿A qué te refieres?

De nuevo cambió de tema. Dijo:

—No te has mostrado muy sorprendido por lo que dije antes,

Mac. Me refiero a esa posible filtración a través de nuestras filas. ¿Por qué?

Siempre era motivo de admiración entre los conocidos de Angus Mac Bride la rara habilidad que poseía para hablar sin sacarse la pipa de entre los dientes.

No obstante, ahora la apartó como si la arrancase de su lugar natural.

Masculló:

—No creerás que me he vuelto completamente idiota, ¿verdad? Claro que hay algún maldito traidor, hijo de perra, entre nosotros. Pero eso es algo que tendrás que descubrir por ti mismo. A menos que pienses que soy yo quien vende a mis hombres, ¿qué te parece?

Una sonrisa curvó los labios del agente, federal. Fué como si en un cielo hosco, nuboso, se abriese de pronto un claro azul, suavizando el severo conjunto.

Deslizó:

—Tal vez eres sonámbulo, Mac, o alguien te haya embrujado. Tú eres escocés, no lo olvides. Los hombres de tu raza creen en fantasmas y duendes. Yo...

Hizo explosión bruscamente la inquietud que atenazaba al inspector Mac Bride.

—Me cortaría el cuello ahora mismo si creyese posible una cosa así, muchacho. Desgraciadamente, no hay forma de comprobarlo, por ahora. Por eso quiero ponerte a ti en el «sendero de la guerra». Nadie puede llevar a cabo este trabajo con tantas probabilidades de éxito. «Tienes que triunfar, Stamley». De lo contrario...

Una mosca zumbó golpeándose contra la persiana amarillenta.

Garret siguió su vuelo pesado hasta que la vio desaparecer buscando la claridad del exterior.

El solo pensamiento del asfalto reblandecido de las calles, el vaho que se desprendía del suelo, el tremendo sol golpeando con furia sobre la ciudad, hizo que aumentara su sensación de asfixia.

Le arrancó a su abstracción la voz del inspector interrogando:

—¿Qué condición es ésta, Stamley?

Respondió acto seguido. No improvisaba. Aquel asunto era algo meditado largamente.

Lo mismo que otros muchos hombres del Federal Bureau of Investigation había sentido agarrotarse sus nervios en un espasmo

de rabia al conocer la suerte corrida por los tres agentes federales enviados en contra de «Balas» Curtis.

Tres individuos brillantes, capaces, dotados de valor y habilidad excepcionales.

Más de nada servía la capacidad personal ante el hecho escueto de la existencia de un traidor en las filas del

F. B. I.

Su voz era fría, con acentos metálicos, reveladores de la importancia de lo que iba a decir:

—Nadie debe conocer mi intervención en este asunto, Angus, nadie. Únicamente estaremos enterados tú y yo. Ningún hombre del F. B. I.,

tiene que colaborar. Cuando se precise ejercer presión sobre otros organismos oficiales —y ello será necesario, puedes estar seguro—, habrás de arreglártelas para que todo aparezca desvinculado de los esfuerzos para capturar a «Balas» Curtís.

Se había puesto en pie. Mostraba la espléndida arquitectura de su cuerpo de atleta.

El inspector Angus Mac Bride se dijo que «Balas» Curtis habría de contar con la protección de poderes milagrosos para escapar de entre las garras de Stamley Garret.

—¿Te das cuenta, Angus? Sólo tú y yo conoceremos las razones de cualquier decisión tomada. De esa forma...

Dejó la frase en suspenso. Abandonó el despacho del inspector y más tarde el edificio.

La calle era un horno, una reseca quebradura en medio del horrible monstruo de cemento y acero de la ciudad de Nueva York.

III

«P

ENDENCIERO» Morris iba a morir. Su cuerpo, antes representación del vigor y la energía, se agitaba sobre el camastro carcelario.

En sus ojos, diminutas oquedades grises sobre el rostro inexpresivo, las sombras de la muerte situaban dos placas de opacidad lechosa.

El doctor Pearson se inclinó sobre el paciente. Lo auscultó. Una expresión de fastidio se extendió sobre sus facciones.

Dijo:

—Bueno. Poco durará este hombre. Nada puedo hacer por él, Felton.

Miraba al rechoncho director de la prisión, preguntándose, por milésima vez, cómo aquel hombre pudo llegar al puesto que ahora ocupaba.

Y, como siempre, descubrió la razón de ello en los ojos, que le contemplaban con atención suma.

Eran dos inquisitivos vigilantes, dotados de un poder de penetración extraordinario.

Tuvo la prueba de ello en seguida. Felton, adelantando la cabeza a semejanza de un pájaro, actitud habitual en él, inquirió:

—¿Qué le ocurre, Doc? ¿Está impaciente? ¿Le esperan, acaso, para jugar al «póker»?

Derrotado, admitió la penetración de Felton con una sonrisa. Gruñó:

—Claro que sí. Hoy es jueves. Ya sabe; es el único día que dedico a mis amigos. ¡Caramba! Mi mujer se enfadará, estoy seguro.

Filosofó el otro:

—No hay ninguna mujer en el mundo que no se enfade, Doc. Por

múltiples razones. Por eso, lo mejor es dejarlas que sufran lo que consideran siempre como una especie de sadismo del marido. En el fondo, les gusta representar su papel de víctimas. Quítele la posibilidad de quejarse y pedirá el divorcio. Seguro.

Con una muela de hastío recibió Pearson los consuelos no solicitados del otro.

Resultaba fácil dogmatizar acerca de las mujeres cuando, como en el caso de Felton, se era soltero.

Pero él conocía el porvenir. Semanas y semanas de alusiones, reproches disimulados, por la «falta de consideración hacia su esposa».

Masculló:

—Bueno. ¿Qué ocurre con este asunto, Felton? ¡Caramba! Nunca se produce una serie de molestias semejante, sólo porque «Pendenciero» Morris se halla camino de donde jamás regresará. ¿Qué sucede? ¿Acaso piensan nombrarle Presidente de los Estados Unidos y necesita a Morris como guardaespaldas?

Durante algunos instantes, Felton se mantuvo silencioso. Su cuerpo, cubierto por una capa de grasa de varios centímetros de grosor, se hallaba empapado de sudor.

No le gustaba más que a Pearson estar allí, presenciando los últimos momentos de un «gángster».

Pero las órdenes recibidas eran tajantes. Nadie, a excepción de él mismo y el médico de la prisión debían constatar el fallecimiento de «Pendenciero».

Esperaba, por otra parte, una visita aquella misma noche, dentro de pocos minutos.

Tal vez, se decía, el inspector Angus Mac Bride, del Federal Bureau of Investigation, develase el misterio.

O quizá no. Porque Felton sabía cuán difícil empresa resultaba extraer información, de la especie de ostra hermética, en que el escocés agente federal podía convertirse.

Estuvo a punto de comunicar a Pearson algunos de sus pensamientos.

Desistió, no obstante. «Máximo secreto». Así sean las órdenes recibidas.

Consultó su reloj de pulsera de esfera luminosa. Un estertor, proveniente del enfebrecido pecho de Morris, atrajo su atención.

De nuevo el doctor Pearson vigiló al enfermo. Felton se apoyó en el muro. Una ligera sensación de frescor le llegó durante breves instantes.

De pronto tuvo la sensación de que en la celda había una nueva presencia humana.

Se volvió. Ante él se perfiló la alta silueta de Mac Bride enfundada en un traje veraniego de color amarillento hueso.

También el doctor Pearson lo vio. Y fue a él a quien Mac Bride interrogó:

—¿Cómo está?

Antes de contestar, Pearson examinó de nuevo al moribundo. Informó:

—Le quedan pocos instantes de vida. Yo...

Había dado el informe de manera mecánica, influido por la autoritaria voz del inspector.

Sin embargo, antes de continuar miró hacia Felton. Éste asintió con la cabeza.

Concluyó Pearson:

—... No puede hacerse nada. Prácticamente está muerto.

Quedaron en silencio. Felton no dejaba de vigilar a Mac Bride, esperando alguna explicación del federal.

Por su parte, el doctor Pearson dividía sus pensamientos entre las futuras lamentaciones y quejas de su esposa y el momento actual.

Se decía que la muerte de «Pendenciero» Morris, por alguna razón, se había convertido en eje de algo importante.

Tal vez si relatara a sus amigos parte de lo sucedido comprenderían que él hizo lo que pudo, siendo las circunstancias él motivo de su desertión.

No obstante, su mujer era el gran escollo. Nada de cuanto dijera bastaría para disipar la sospecha, en su cerebro de mosquito, de alguna juerga monstruo, con vampiresas de cine bañándose en cascadas de champán.

Sus pensamientos se quebraron súbitamente. Se dio cuenta de la causa que motivaba el sobresalto sufrido.

Un silencio opresivo se había hecho en la celda. Rápidamente se acercó al camastro.

Examinó el cuerpo de «Pendenciero» Morris. Se irguió al fin.

Comunicó:

—Ha muerto.

Felton dejó que en sus pupilas se encendiera un relámpago súbito. Mac Bride adelantó un paso.

Pearson se dijo, con cierta irritación, que aquel hombre parecía no estar muy seguro de la veracidad de su informe.

Mac Bride habló:

—Está bien, Felton. ¿Dónde podemos hablar? No quiero que nadie nos interrumpa.

—¿Qué hacemos con él? Deberíamos...

Intervino el doctor Pearson:

—Yo me ocuparé de todo, Felton. No se preo...

Mac Bride levantó una mano obteniendo el silencio que buscaba.

Ordenó:

—Olvídense de este asunto. Morris ya no necesita a nadie y nada ocurrirá por que continúe ahí durante algún tiempo.

Se encaró a Felton. Inquirió:

—¿Cumplió mis órdenes? Nadie tenía que ocuparse de «Pendenciero» a excepción de usted, Felton. Nadie debe saber que ha muerto. Únicamente...

Miró en dirección al doctor Pearson. Felton dijo:

—Es el doctor Pearson, inspector.

Aclaró dirigiéndose al sorprendido doctor:

—Se trata del inspector Mac Bride, del Federal Bureau of Investigation. Tiene órdenes especiales para este caso, doctor.

Sin dejar que hablasen sus acompañantes, Mac Bride explicó:

—Y por cierto que esos poderes van a introducir un cambio en sus vidas.

Nuevamente interrogó al director de la prisión:

—Vamos, Felton. ¿Dónde podemos hablar con tranquilidad? He de comunicarles algo a los dos.

Precedió a los otros dos hombres el rollizo funcionario semejando que rodaba, más que caminaba, a lo largo de los desiertos pasillos de la prisión.

Maldecía en voz baja. De una parte, el terrible calor parecía ir a diluirlo en grasa, en caso de continuar. Por otra, el anuncio de cambios hecho por el inspector Mac Bride escarabajaba en su cerebro en forma desagradable.

Alcanzaron finalmente el amplio despacho clareado que la administración otorgaba al director.

Un sistema de aire acondicionado permitía allí realizar algún movimiento sin que el esfuerzo se tradujese en sudor.

Felton ocupó el sillón más amplio de los que había en la habitación, especialmente diseñado para él.

El doctor Pearson y el inspector Mac Bride tomaron asiento frente a él, en dos sillas gemelas de arqueadas patas, forradas de plástico verde.

Mac Bride permaneció en silencio algunos instantes. Felton encajó un puro entre sus dientes aunque sin encenderlo.

Pensativo, el inspector Mac Bride encendió su pipa. Exhaló una bocanada de humo enmarcando su cabeza ascética en un halo blanquecino, que le dio, por algunos instantes, apariencia de imagen del Renacimiento.

Habló al fin:

—Escuchen, amigos. No se molesten por lo que voy a decirles. En realidad, podría haber actuado sin su conocimiento, más considero que tienen derecho a una explicación.

Miró al obeso Felton. Conocía bien el agudo cerebro que se escondía tras la frente abombada de aquel hombre.

Prosiguió:

—Este asunto de «Pendenciero» Morris es de un alcance realmente importante. Tanto que cuantas precauciones sean adoptadas para conservar el secreto de lo que ha de ocurrir serán pocas.

Sacó la pipa de entre sus labios, indicio de preocupación máxima en él, y continuó:

—Usted Felton y usted doctor Pearson van a ser sacados de la circulación, una vez que hayan efectuado su papel en el asunto. No es demasiado complicado, pero sí lo bastante para que deban desaparecer durante una temporada.

—¡Demonios! —se alarmó Pearson—. No es posible eso que dice, inspector. Mi mujer... yo...

Se silenció al observar que Felton permanecía en silencio. Mac Bride sonrió:

—No se alarme, doctor —dijo—. Su «desaparición» no será tan severa que le aparte de su familia. Usted solicitó hace algún tiempo

una beca para llevar a cabo estudios en cierta zona del Pacífico meridional, donde al parecer existe determinado virus causante de una serie de enfermedades por las que siente gran interés, ¿no es así?

Asintió Pearson asombrado. Aquella petición dormía desde varios años antes en algún cajón del departamento correspondiente en el Ministerio de Sanidad.

Ahora surgía como un trasnochado fantasma en el derribo de un castillo medieval.

Finalizó el inspector:

—Se le facilitarán los medios para que haga sus estudios, doctor; su mujer le acompañará.

Se volvió hacia Felton. Añadió:

—Usted, Felton, «tiene» un gran interés por los sistemas penales europeos; ha sido designado para realizar una visita de inspección que le llevará a varios países. Cuando regrese, seguramente encontrará que sus estudios le capacitan para un puesto de mayor importancia que el que hasta ahora desempeñó.

Los fríos ojos de Felton le miraban pensativos. Mac Bride esperó el interrogante que, con seguridad, no tardaría en producirse.

No se equivocó. El director de la prisión dijo:

—¿Qué hemos de hacer antes de todo eso, Mac? ¿Tendremos que asesinar a alguien?

Captó regocijado el inspector el movimiento de sobresalto del doctor Pearson.

Comunicó:

—No hará falta tanto, amigo. Únicamente cerrar el pico y procurar convencer a todos de que tan sólo los motivos dados son los determinantes de su cambio de posición... Y también ayudarme en un pequeño «trabajo» esta noche.

La voz insegura de Pearson se elevó:

—Pero... pero... ¡no entiendo nada! ¿Qué demonios ocurre? ¿Por qué...?

Le interrumpió Felton, dirigiéndose al inspector:

—No se preocupe, Mac. El doctor acabará por entender. Diga: ¿qué quiere de nosotros?

—Síganme.

Deshicieron el camino volviendo a la celda donde quedara el

cuerpo de «Pendenciero» Morris.

Felton adivinó sombras esquivas en el interior de la prisión. Se dijo que los hombres del

F. B. I.,

trabajaban con gran eficiencia.

Entraron. Una exclamación de incrédulo asombro escapó de labios de Pearson.

Felton palideció al tiempo. Creyó que de pronto el cuello de su camisa había encogido impidiéndole respirar.

¡Porque «Pendenciero» Morris, el hombre que muriera poco antes ante sus ojos, se paseaba lleno de vitalidad, midiendo ágil los escasos metros cuadrados de su celda!

No duró demasiado la sorpresa. La visión de una forma rígida sobre el camastro devolvió a los dos hombres su claridad mental.

Exclamó Pearson:

—¡Demonios! ¡Jamás creí que existiera un parecido tan perfecto! ¡Es maravilloso!

Felton, por su parte, permaneció en silencio. Ahora comprendía el motivo de los actos de Mac Bride.

Sin embargo, resultaba extraño el aparato de precauciones que en aquel caso se tomaba.

Mac Bride pareció adivinar sus pensamientos. Habló:

—Tenemos que hacerlo así, Felton. No desconfiamos de ustedes más de lo que lo haríamos con nosotros mismos. Pero hay intereses muy poderosos mezclados en este asunto. Ningún hombre puede resistir un interrogatorio llevado a cabo por un verdadero «especialista» en la materia. Por eso es por lo que hay que sacarles de la circulación.

Señaló al cadáver de Morris. Advirtió:

—Tendrán que ayudarme ustedes a escamotear ese «fiambre». Y aquí en la celda quedará «Pendenciero» Morris, el hombre a quien el doctor Pearson «salvó la vida», ¿comprendido?

Inclinaron la cabeza en señal de asentimiento Felton y Pearson.

Ayudados por el inspector Mac Bride levantaron el cadáver.

Gruesas gotas de sudor corrían por la frente de Felton al llegar al silencioso y oscuro patio posterior de la prisión.

No obstante, trabajó lleno de ardor. Bajo la grasa que cubría su cuerpo existían músculos de acero.

Fué una noche que jamás olvidarían, testigos de un entierro donde el cadáver no era sino el trasunto de un hombre que esperaba en una celda a que se cumpliera el destino que él mismo había trazado.

Dos días más tarde, Pearson embarcaba para el Pacífico, acompañado de su esposa.

Sabía que Felton se hallaba también en camino hacia Europa.

Se dijo que teniendo una ocasión magnífica para disfrutar de unas vacaciones lejos de Helena, la rubia con quien se casara tiempo atrás, sin otra justificación que unas curvas similares a las de Marilyn Monroe, la había perdido por hablar demasiado.

Y el recuerdo de la sonrisa de Felton al despedirse, le hizo pensar que éste conocía sus ocultos pensamientos en relación con el caso.

IV

«**H**URON» mostró los dientes en una falsa sonrisa, tanto como el oro que relucía en su boca.

Murmuró vengativo:

—Ese «Pendenciero» Morris no es más que un matón barato, Lem. Tú puedes destrozarlo en menos de un minuto. Recuerda que nadie hasta ahora se atrevió a disputarte el primer puesto en esta ratonera. ¿Vas a dejar que una basura semejante acabe contigo?

Lem Kopra muequeó rabioso. Sus ojos relucían iracundos. Se estremeció bajo los efectos de la rabia.

Exultó colérico:

—No te preocupes, «Hurón». Pronto habrá aprendido ese desgraciado un par de cosas. Voy a romperle los dientes. Luego le preguntaré si sabe quién lo hizo. Y grabaré mi nombre a fuego en sus costillas, ¡maldito sea!

Era aquél un largo discurso para Lem. Generalmente se mantenía silencioso, contemplando el mundo a través de un prisma amargo.

Junto a él, semejante a uno de esos pececillos vigía que acompañan a las ballenas, se apretaba «Hurón», el hombre más odiado de cuántos cumplían condena en

Sing-Sing.

Se hallaban en el patio interior de la prisión, donde disfrutaban de las horas de recreo.

Un alto muro rodeaba el patio. De trecho en trecho, sobre él, se elevaba una garita, en su interior un guardián armado.

Otro de los condenados, perteneciente a la pandilla de Lem, graznó:

—¿Quién es ese sietemesinos, «Hurón»? ¿De dónde ha venido?

Quedó en silencio «Hurón» Nadie como él conocía la historia de cada uno de los hombres internados allí.

Pero en el caso de «Pendenciero» Morris había fracasado, o al menos supo lo mismo que las autoridades encargadas de vigilarle. Es decir: casi nada.

Intervino Kopra con su vozarrón inarticulado:

—Eso es, «Hurón». Dinos quién es. Apuesto a que su padre era un negro y su madre lo conoció en un puerto cualquiera.

Siempre que «Hurón» se disponía a hablar realizaba un complicado visaje.

Sus labios se proyectaban hacia afuera, entornaba los párpados y adelantaba la cabeza.

—No sé mucho de él —confesó relucante—. Vino de Inglaterra hace poco tiempo. Dican que mató a un par de tipos por allí. Se dedicaba a «reventar tanques»[1] y según parece es un verdadero experto en ello.

Relajó el cuerpo para aprovechar los últimos rayos de sol, que llegaban hasta donde se encontraba.

Añadió meditativo:

—Le «pescaron» la última vez, cuando tenía abierto el tanque y estaba cargando billetes en la faltriquera. Liquidó a un pies planos y salió de «naja». Es un tipo de malas pulgas.

No pudo evitar un cierto tono admirativo en sus palabras. «Hurón» vivía en medio de un mundo de violencia, donde únicamente la ley de la fuerza tenía vigencia.

Aunque de constitución débil, había sabido imponer respeto a sus compañeros de prisión.

Todos sabían que tarde o temprano se acababa por pagar, muy caro, cualquier fechoría cometida en contra del rencoroso crimina.

Porque si bien «Hurón» carecía de la fuerza suficiente para vengarse personalmente, poseía la capacidad inteligente de aliarse a otros más fuertes que él.

Se prestaban mutuos servicios. Los bandidos dotados de energía física le ayudaban a sobrevivir.

«Hurón», por su parte, ponía a su disposición la casi milagrosa capacidad que poseía de obtener información, más o menos secreta.

—No llevará puesto mucho tiempo la camiseta —gruñó uno del grupo—. Los «tommies» son unos tipos rencorosos. Tal vez hubiese

sido mejor que dejara el pellejo cuando estuvo enfermo. El «doc» le hizo una mala faena, seguro.

—Antes de que le hagan viajar de vuelta a Inglaterra aprenderá quien soy yo —repitió Lem—. Es demasiado independiente.

—¿Cuándo lo harás, Lem?

Fue «Hurón» quien interrogó. Kopra inclinó la pesada cabezota sobre el pecho en actitud meditativa.

Por fin habló:

—Creo que lo mejor es esperar a esta noche. Ya sabéis que lo trasladan a nuestro «hotel», muchachos. Parece que sólo entre nosotros puede vivir ese matasiete. Le demostraremos lo equivocado que está, ¿no es cierto?

Los hombres de Kopra mostraron su asentimiento de diversas formas.

Cualquiera hubiese pensado que lo único que les preocupaba era reformar el carácter de su futuro compañero.

Mas cuando aquella noche se hallaban esperando la llegada de «Pendenciero» Morris, sus corazones albergaban deseos de muerte.

«Hurón» como de costumbre tomó la palabra. Silabeó:

—Tenemos que sacarlo del paso, Lem. Un «tipo» así echaría a perder nuestros planes por completo, ¿te das cuenta?

—¡Caramba! Claro que sí. ¿Crees que soy idiota? Sin embargo, temo que sea un estorbo definitivo. A menos que nos expongamos a pasar una temporada en la celda de castigo bastante larga. Porque tendríamos que transformarlo en un fiambre.

Las palabras de Lem sumieron a sus compañeros en un silencio preocupado.

«Hurón» sintió que los latidos de su corazón se aceleraban. De todos ellos era quien había de cumplir la condena más pequeña.

Pero el ansia de libertad le llenaba por completo. Desde que se uniera a Lem Kopra, entrando a formar parte de la cuadrilla que preparaba una huida, muchas cosas que suponía olvidadas cobraron nueva vida en su interior.

El pensamiento de que la fuga podría retrasarse le ponía frenético, haciéndole odiar al intruso con fuerza terrible.

Ahora, Kopra había aclarado el porvenir. «Hurón» no era realmente ningún genio.

Se diferenciaba del resto de los criminales que le rodeaban en

una cierta sutilidad mayor, en mayor previsión.

En consecuencia, estaba dotado de la capacidad de discernir su verdadera conveniencia, refrenando sus pasiones al compás de los acontecimientos.

Reconoció que tal vez se había excedido al fomentar el rencor en el corazón de Lem Kopra.

Si el mastodonte aquél se dejaba llevar de sus impulsos asesinos, todo se habría perdido.

Cierto que odiaba a «Pendenciero» Morris. Éste había cometido el mayor delito, en su concepto. Le expulsó de su lado despreciativo cuando se le acercó, dispuesto a servirle como «puente» en la sociedad nueva donde había entrado.

Pero su odio podía esperar. Otras veces lo hizo así, dando satisfacción a venganzas aplazadas cuando los intereses apenas recordaban el motivo de su animadversión.

En pocos segundos entrevió el verdadero camino a seguir. Tomó sus medidas rápido.

—Escucha, Lem —dijo—. Olvídate de eso. Tenemos que salir de esta jaula en la fecha prevista, es decir, dentro de tres noches. Llevamos mucho tiempo preparando el asunto para dejarlo ahora.

Lem Kopra le oía interesado. Era el único de los allí reunidos que no temía a «Hurón».

Sin embargo, pese a ello, se daba cuenta de que el retorcido compañero al que se uniera en prisión tenía una gran capacidad para resolver situaciones difíciles.

Prosiguió el otro:

—Es posible que debamos aplazar para más adelante la «educación» de «Pendenciero» Morris. Es más: tendremos que llevarle con nosotros. Es lo único seguro.

Una exclamación, rotunda surgió de la garganta de Lam:

—¡...! ¡Sácate eso de la sesera! ¡Ese maldito piojoso te maltrató! ¡Le arrancaré los pulmones y haré con ellos pasta de fregar!

Esperó «Hurón» a que se calmara algo. Mentalmente se daba puntapiés por haber llevado a cabo tan bien su labor.

Había descrito a Kopra la escena habida entre «Pendenciero» y él recargando los aspectos desfavorables del caso en contra de su enemigo.

En realidad, el asunto no tuvo demasiada complicación. Todo se

limitó a una retirada poco honrosa por parte de «Hurón» ante una orden tajante del malhumorado Morris.

Se acercó a Kopra. Murmuró halagador:

—¡Caramba! ¿Qué importa eso ahora? A mí no me preocupa... por el momento. Date cuenta, Lem. Aquí nos jugamos la posibilidad de salir de la ratonera. El asunto puede aplazarse. Cuando estemos en «vía libre» podrás dar a ese desgraciado lo que se merece.

Agregó todavía:

—Un par de días nada más. Luego...

Cedió un poco la tensión del «gángster». «Hurón» poseía la virtud de aclararle las cosas.

Y él era lo bastante sensato para darse cuenta de la verdad encerrada en los consejos del otro.

Murmuró rencoroso:

—¡Cuernos! ¿Te das cuenta de lo que ocurrirá, «Hurón»? Ese tipo saldrá de la «tumba» y librárá el pescuezo. Le haremos un favor, ¿comprendes?

Una sonrisa maligna distendió los labios de «Hurón». Insinuó:

—Tal vez no sea así, Lem. «Pendenciero» es muy independiente. Una cosa que no le gusta, según dicen, son las órdenes. ¿Qué pasará cuando se niegue a obedecerte, y estemos fuera de aquí?

La visión del porvenir apuntado por «Hurón» se materializó en la mente de Kopra.

¡Tenía razón aquel bastardo!, se dijo.

Conocía muchos medios para acabar con la soberbia de cualquier tipo que se le opusiera. El mejor de ellos, una ración de plomo al rojo vivo.

—De acuerdo —accedió—. Esperaré.

Se le ocurrió de repente una idea desagradable. Gruñó:

—¿Y si no quisiera venir?

En la cara chupada de «Hurón» se plasmó una expresión de asombro.

Casi chilló:

—¿Qué quieres decir?

Aclaró Kopra:

—No es seguro que esté de acuerdo en «darse el piro» con nosotros, ¿te das cuenta?

—Estás loco —sentenció el otro—. Sabes que van a «freírlo» en

Inglaterra, ¿no es cierto? ¿Crees que hay algún fulano que deje escapar una ocasión como ésta?

Adelantaba la cara, convertido en la representación del virtuoso indignado por la resistencia a creer de un discípulo.

Y realmente, Kopra se daba cuenta de que tenía razón. Nadie en su sano juicio pensaría de otra forma.

Meneó la gran cabezota resignado. Volvió a decir:

—Está bien. Esperaré... Si ese fulano no hace algo que lo eche todo a rodar, ¿entiendes?

«Hurón» se contentó con aquello. Ya se encargaría él de que nada impidiese la huida proyectada.

Stamley Garret permaneció rígido ante el nuevo inspector de la prisión.

El sustituto de Harris Felton, contrariamente a aquél, era delgado, casi esquelético, de cara amarillenta, reveladora de una afección hepática.

El agente del

F. B. I.,

se extrañó de que un hombre tal ocupase un puesto donde una de las cualidades más apreciadas debía ser la paciencia, la comprensión hacia las debilidades humanas.

Con acento helado, el director sentenció:

—Vamos a trasladarle, Morris. A partir de esta noche compartirá una celda con cinco hombres, a los que espero no podrá maltratar en la forma salvaje que acostumbra.

En su rostro amarillento se dibujaba un gesto de asco.

Garret se admiró. Lejos de intentar adaptarse a la misión que tenía encomendada, aquel hombre parecía buscar enfrentarse a quienes debía comprender.

Se dejó conducir hacia su nuevo destino, sumido en profundas reflexiones.

Pensaba que un paso en falso, el más ligero fallo en la situación presente, equivalía a un pasaporte para el otro mundo.

No podía olvidar lo ocurrido anteriormente a otros hombres del F. B. I.,

en el intento de «cazar» a «Balas» Curtís.

Creía, desde luego, en la existencia de alguna «filtración» en las propias filas de la organización federal.

No obstante, cabía también el error personal, aunque desde luego resultaba difícil admitirlo.

Los hombres que le precedieron en el trabajo de investigación que entonces llevaba a cabo no podían, lógicamente, equivocarse. Sin embargo...

Repasó en su cerebro, mientras que seguía a los guardianes encargados de su traslado, las medidas puestas en práctica, junto con el inspector Angus Mac Bride, para asegurar el secreto.

Podían calificarse de perfectas, aun admitiendo el que surgiera algún imprevisto.

Todo había salido bien al efectuar el cambio de personalidades.

«Pendenciero» Morris era prácticamente desconocido en los Estados Unidos.

Por otra parte, entre él y el fallecido criminal existía un parecido notable.

Se iniciaba ahora la segunda etapa de su empresa: Captar la confianza de Lem Kopra.

Tenía que entrar en su grupo. Porque su propósito era hallarse junto a los «gangsters» cuando huyeran de la prisión, ser uno del grupo, convertirse en un «fugitivo de la justicia».

Sonrió levemente al recordar el gesto de asco del director de la prisión al verle ir hacia la celda ocupada por Lem Kopra y sus amigos.

Si la mayor parte de los humanos conocieran su verdadero papel en la vida, perderían el exagerado concepto de que su propia importancia poseen.

Son como marionetas, movidas, por invisibles hilos, manejados por otros hombres, que, a su vez, son dirigidos.

El traslado de «Pendenciero» Morris, al igual que el lugar donde iba destinado, venía impuesto de forma sutil desde fuera, otra de las piezas que encajaba en el plan delineado por Stamley Garret.

Porque Lem Kopra era el escalón más importante en el juego mortal de la caza de «Balas» Curtís.

De entre los criminales notorios, Kopra era el único del que se sospechaba una vinculación directa con el misterioso «Balas».

Uniéndose a él...

Sus pensamientos quedaron interrumpidos al producirse una breve detención ante la reja de fuertes barrotes de hierro, que daba

paso a la galería donde se encontraba la celda de Kopra.

Garret observó atento el suave deslizar de la reja sobre, los carriles brillantados.

Los mandos electrónicos, de control a larga distancia, habían sustituido en la penitenciaría a la típica estampa del carcelero, provisto de un gran manojito de llaves, gesto feroz.

Los hombres que caminaban junto a él custodiándole ofrecían una imagen distinta.

Funcionarios correctos, eficientes, silenciosos, piezas de un complicado engranaje, que actuaba mecánicamente.

Pasaron a la galería. Tras ellos, con suavidad, se cerró la reja.

Todo distinto, casi perfecto... Lo único variable eran los hombres allí encerrados.

Sus pasiones, sus odios, la complicada y absurda personalidad de la mayoría de ellos, parecían crear una especie de efluvio maligno, originando un ambiente de tensión espantoso.

Sus pasos, calzaba los fuertes zapatos proporcionados por la administración de la cárcel, se perdían adelante y atrás en ecos sonoros. Pensó que, con toda seguridad, Kopra los oiría.

La imagen gorillesca de Lem Kopra acudió a su memoria. Posiblemente, aquél era el único hombre que conocía la verdadera personalidad de «Balas» Curtís.

El gran problema que había de resolver antes de llegar al final de su empresa era descubrir la identidad del siniestro «boss»

«Balas» Curtís no era sino un nombre. Tras él se ocultaba un imperio de terror.

Si se dejaba guiar por la información, hasta entonces obtenida por el

F. B. I.,

cabía en lo posible que fuesen muchos los criminales designados por él.

Poco a poco se había llegado a crear una situación absurda. Cada vez que se producía un crimen de imposible descubrimiento, asalto, secuestro o crimen, las invisibles «antenas» que el

F. B. I.,

mantenía en los bajos fondos enviaban el mismo mensaje. Culpable: «Balas» Curtís.

Pero ¿quién era «Balas» Curtís? Ninguno de los confidentes le

había visto jamás.

Daban versiones dispares acerca de su aspecto e identidad. Le describían alto, bajo, grueso, delgado, con gafas, sin ellas...

Cien mil hombres distintos podían corresponder a tales fantasías.

El resultado había sido una creciente incredulidad por parte de las autoridades.

Se decían que semejantes informaciones eran el resultado de la infantil mentalidad de los criminales, creando un super bandido al estilo de las narraciones trepidantes de los autores de novelas policíacas.

Sin embargo, aquella actitud cedió al fin. Hubo que admitir la realidad.

¡Verdaderamente «Balas» Curtis existía! Varios crímenes audaces, entre ellos el asalto a un cargamento de oro federal, donde fueron muertos algunos hombres, barrieron la incredulidad.

No cabía engañarse. Aquellos delitos llevaban un sello personal, indiscutible.

Presentaban la marca siniestra de un maestro del crimen, dotado de instintos salvajes, inhumanos.

Y al tiempo que se aceptaba la evidente existencia de tal personaje, surgió un hecho indiscutible: la imposibilidad de atraparlo.

Nadie conocía su verdadera identidad. Ninguno de los hombres que empleaba en sus «trabajos» podía señalar con seguridad quién era.

Utilizaba métodos distintos en cada caso para entrar en contacto con su ejército de criminales; no se le conocía «guarida» fija.

Además, «Balas» Curtis parecía dotado de una especie de sobrenatural conocimiento del género humano.

Empleaba en cada caso los argumentos precisos para conseguir sus fines plomo u oro.

El leve contacto en su brazo del guardián que caminaba a su derecha cortó nuevamente el curso de sus pensamientos.

Se hallaban detenidos ante la última celda de la galería. Otra vez actuó el mando de control remoto.

Con silenciosa obediencia la puerta metálica, en la que se abría un pequeño ventanillo, se deslizó a un lado.

Stamley Garret, ahora «Pendenciero» Morris, notó un leve

impulso en su espalda. Obedeció. Dio un paso hacia adelante.

Tres hombres le contemplaban desde el fondo de la celda, hostiles, bloque amenazador que «le tomaba la medida».

Dando muestras por vez primera de su condición de ser humano, uno de los guardianes dijo:

—Bueno, «Pendenciero», Este es tu nuevo hogar. ¿Qué te parece la familia?

Agregó con mayor ironía:

—Aquí podrás justificar tu apodo, muchacho. Zúmbales a esos tipos... si es que puedes.

De nuevo se cerró la puerta. Se oyeron los pasos de los guardianes que se alejaban. Stanley Garret se enfrentó al futuro.

V

«P ANTERA» Sunny odiaba a la humanidad en general y a cada individuo en particular.

Era un resentido, uno de esos seres desgraciados que jamás ríen abiertamente.

Sólo una cosa respetaba: La fuerza.

Lo único que apetecía era dinero. Oscilaba entre la violencia y el verdor de los billetes, con la garantía del Tío Sam, igual que una veleta sometida a la influencia de vientos contrarios.

Era un asesino. Se había librado hasta entonces de la silla eléctrica, debido a que jamás se pudo probar su participación directa en una muerte violenta.

Pero la policía le vigilaba, esperando que cometiese una equivocación, esa equivocación que ha hecho recorrer el camino de la muerte a tantos criminales.

Lem Kopra le admitió junto a él, asociándolo en cierto modo a sus «negocios».

Cierto que Kopra hubo de «disciplinar» un par de veces a Sunny a fin de calmar los ocasionales estallidos de furor de éste.

No obstante, se hallaba siempre en guardia ante cualquier reacción explosiva de «Pantera».

Como un buen general, Kopra mantenía estricta vigilancia sobre sus «muchachos», en espera de una ocasión favorable en qué pudiese darles rienda suelta.

La entrada del hombre a quien creían «Pendenciero» Morris en la celda originó un silencio profundo.

El recién llegado examinó con atención a sus nuevos compañeros.

Los conocía a todos. Tres fieras con un historial criminal tan

largo y sangriento como el del pirata Barba Roja.

Fué él quien rompió el silencio.

—Hola, compañeros. ¿Qué tal os va de veraneo?

Igualmente podía haberse dirigido a tres estatuas. Al no recibir respuesta se encogió de hombros.

Se adelantó. La celda era espaciosa, dejando un pasillo amplio entre las literas.

Kopra, «Hurón» y «Pantera» se agrupaban al fondo de la celda, junto a una pequeña mesita cuadrada.

Garret dejó sus efectos personales sobre una de las literas, a su derecha.

Elegió la más baja. Se sentó al borde de la misma. Clavó la mirada en los silenciosos «gángster», adivinando una amenaza en su inmovilidad.

«Pantera» Sunny se apartó violentamente. Un par de zancadas le situaron cerca del hombre del

F. B. I.

De su garganta escapó una exclamación.

Garret interpretó que estaba furioso.

No se movió. Se limitó a contemplar con fijeza a Sunny. Pensó que era un tipo impresionante.

De estatura media, los anchos hombros le hacían aparecer aún más bajo. La cintura era también gruesa, aunque se adivinaba que en ella no existía la menor partícula de grasa.

La enorme cabezota, la cara ancha, irregular, como tallada a golpes de hacha, semejaba una gárgola representativa del mal.

«Pantera» Sunny constituía un producto bastardo de los *rings*. Fué boxeador, luchador de judo, lucha libre... expulsado al fin por sucio y por sus tendencias homicidas, descalificado en toda la nación.

Otra vez habló Sunny, consiguiendo ahora hacerse entender:

—¡Quita esos andrajos de ahí, sucio cretino!

Se refería a la ropa que Garret había dejado sobre la litera. Éste se encogió de hombros.

Su rojiza cabellera pareció llamear bajo la luz de neón empotrada que iluminaba la celda.

Contestó, calmoso, arrastrando las palabras con ironía:

—¿Por qué he de hacerlo? No me gustan las alturas. Padezco

vértigo, amigo.

No le importaba la pelea próxima. Tal vez favoreciese a sus planes.

Kopra tenía fama de hombre a quien le gustaba presenciar una buena lucha siempre que se presentase la ocasión.

«Pantera» gritó cercano a la congestión cerebral:

—¡Te romperé la cabeza, bastardo! ¡Haz lo que te digo!

«Hurón» se adelantó con los ágiles movimientos, causa del apodo que sustituyera su nombre.

Colocó una mano sobre el brazo de su compinche. Habló precipitadamente, persuasivo:

—Déjalo, Sunny. Yo lo haré por él. «Pendenciero» no sabía que...

Sunny extendió un brazo, grueso como la maroma de amarre de un trasatlántico.

Golpeó la ahuesada cabeza del confidente con terrible violencia.

Salió despedido con la velocidad de un obús. Chocó contra la mesa, volcándola.

Kopra masculló una maldición al recibir sobre un callo el pisotón del improvisado proyectil humano.

Retuvo a «Hurón», que pretendía intervenir de nuevo en el conflicto. Aulló:

—Déjalos, ¡malditos sean! Cualquiera de los dos que reviente me haría un favor. ¡Déjalos!

«Pantera» exultó, revistiéndose de una calma siniestra:

—¡Obedece imbécil! ¿Estás buscando que te mate?

Garret seguía mostrando perfecta serenidad. Dejó oír su voz, en tono tan suave como el silbido de una serpiente cascabel.

—Pierdes el tiempo, gorila. ¿Quién te crees que eres?

«Pantera» había aprendido mucho en sus años de luchador. Conocía la forma más rápida de «convencer» a un enemigo.

Las palabras sólo sirven para los abogados.

En casos como aquél únicamente la acción violenta, despiadada, podía servir.

Hizo una finta con su brazo derecho. El enorme puño se disparó hacia la barbilla del agente del

F. B. I.

Sunny esperaba la esquivia de éste, dispuesto a lanzar una patada

al bajo vientre de su enemigo. Era un golpe que había enviado al hospital a más de un hombre.

Horadó el aire con el puño. Y lo mismo ocurrió con la segunda parte de la sucia treta.

Garret se había convertido en una sombra fugitiva a la que resultaba difícil seguir incluso con la mirada.

Se dio cuenta Sunny de que su enemigo se situaba a un lado de él. Un golpe demoledor se estrelló contra su estómago. Se inclinó hacia adelante como si un rayo le hubiese alcanzado en la nuca.

Acto seguido, el agente del

F. B. I.,

macheteó, con el canto de su mano derecha, sobre el cuello de «Pantera».

Una súbita parálisis inmovilizó al «gángster». Cayó como un saco vacío. Golpeó contra el duro cemento con la cara.

Ahora, Garret pateó la cabeza de Sunny con ferocidad. Un sordo crujido se produjo. De la garganta de «Pantera» escapó un suspiro angustiado. Quedó doblado, inconsciente.

Todo había sucedido en pocos instantes. Garret se enfrentó a los otros dos bandidos. Respiraba con normalidad, como si el esfuerzo físico realizado careciese de importancia.

Sus ojos claros sostuvieron la mirada de Lem Kopra sin desviarse.

Éste le contemplaba admirado. Más de una vez había luchado con «Pantera» Sunny. Conocía la terrible eficacia de los puños del luchador, la experiencia que le convertía en un enemigo temible.

El que hubiese sido derrotado tan fácilmente le llenaba de asombro.

El pensamiento de que «Pendenciero» Morris tenía bien justificada su fama de matón cruzó su cerebro.

Sin embargo, Lem Kopra estaba dispuesto a domesticar al inglés. Nadie podía arrebatarse la jefatura en donde quiera que se hallase.

Garret habló sin que su voz resonara más alta que anteriormente:

—¿Vamos a seguir disputando por esa litera, Lem?

—¡Rayos! ¿Estáis locos? Iremos a la ratonera todos, Lem. ¡Deja eso!

Las maldiciones que iban a brotar de la garganta del «gángster»

quedaron inéditas ante la oportuna invocación de «Hurón».

La «ratonera» constituía la pesadilla de los penados. Una celda aislada, sin luz, cuatro paredes metálicas, adonde no llegaba ni la menor prueba de otra presencia humana sobre la tierra a no ser la odiosa del carcelero que, una vez cada veinticuatro horas, introducía la comida por un angosto agujero abierto sobre la puerta.

La reclusión conseguía quebrantar la resistencia del criminal más duro e insensible.

Por otra parte, Kopra sabía que ello representaba la ruina de los planes de fuga.

Murmuró rencoroso:

—Lo dejaremos así... por ahora, Morris... Añadió al cabo de unos segundos de silencio:

—A menos que busques camorra, «Pendenciero». En tal caso, no me importa matarte como a un perro. ¡Puede irse todo al diablo!

Garret dijo:

—No tengo nada contra ti, Lem. Sólo que me molestan los fanfarrones. Tú eres un hombre «de verdad». ¿Por qué hemos de pelearnos?

Cada uno de sus actos, de sus palabras, eran el resultado de planes cuidadosamente estudiados. Tenía ventaja sobre aquellos hombres.

Conocía bien sus puntos flacos, sus vanidades. Incluso lo que ellos suponían un secreto bien guardado —sus planes de fuga— eran parte de la arriesgada baza que el agente del

F. B. I.,

estaba jugando.

Fue Harris Felton, el anterior director de la penitenciaría, quien descubrió lo que Kopra meditaba cerca de su salida de la prisión.

Mas antes de que pudiese tomar medidas conducentes a evitarla, el inspector Angus Mc Bride, del Federal Bureau of Investigation, lo envió a Europa en «viaje de estudios».

En consecuencia, el agente del

F. B. I.,

podía calcular cuáles serían las reacciones de Kopra ante sus actos.

No le extrañó, por lo tanto, observar un brillo de satisfecha vanidad en los ojillos del mastodonte.

El que un hombre como «Pendenciero» Morris, luego de haber

derrotado a «Pantera», se mostrase conciliador resultaba muy satisfactorio.

Así quedaba reconocida su jefatura. «Hurón» se apresuró a suavizar la situación más aún.

Cierto que el confidente jamás olvidaría que Morris le había maltratado.

Justamente su capacidad de diferir los agravios, aguardando rencoroso un momento propicio para la venganza, era la base sobre la que se sostenía en un medio donde imperaba tan sólo la ley del más fuerte.

Desde luego, «Hurón» intentaría cobrar aquella deuda aunque transcurriesen años. Odiaba al maldito pelirrojo inglés con toda su capacidad de bestezuela rencorosa.

—Bueno, bueno —graznó—. Amigos, ¿eh? Al fin y al cabo estamos en el mismo asqueroso agujero, ¿no?

Garret le contempló con una sensación de asco. Sabía que aquel tipo mal encarado, enfermizo, era el más peligroso de los hombres que intervenían en la partida.

«Hurón» poseía una cualidad detectora especial hacia las situaciones raras.

Todas las precauciones serían pocas con respecto al confidente. Se dijo que tan sólo el miedo físico mantendría al soplón inmóvil.

Un saludable temor en el corazón de aquella rata cobarde bastaría para que mantuviera las narices lejos de él y de su historia.

Extendió su brazo derecho. Aferró al soplón por la pechera de la camisa de color pardo que vestía.

Lo sacudió como a un fardo. Luego golpeó con fuerza sobre los labios hundidos. Una gota de sangre coloreó la comisura derecha de «Hurón».

En sus pupilas huidizas brilló un relámpago de terror. Garret amenazó:

—Escucha, macaco —adelantaba su mentón semejante a un yunque—. No quiero verte revolotear a mi alrededor. Me dan asco los tipos inciertos como tú. Eres capaz de vender a tu propia madre en un mercado de esclavos.

«Hurón» se limpiaba la sangre. Lem Kopra permaneció inmóvil, esperando la terminación de la escena.

Acabó el agente del

F. B. I.:

—Ten cuidado conmigo, bastardo. Sé que estás intentando indisponerme con Lem. Olvídate de eso. Te mataría, ¿comprendes?, te mataría.

Sí que comprendía «Hurón». La señal roja de peligro estaba clara.

Se prometió apartarse del camino de aquel hombre amenazador. En los ojos claros que le contemplaban podía leer el asco y el desprecio más profundos.

Dejó Garret a un lado la presencia del confidente. Se encaró a Kopra. Inquirió:

—¿Qué hacemos con esta carroña, Lem?

Al mismo tiempo dio con el pie al cuerpo inconsciente de «Pantera» Sunny.

Hablando con cierto temor sugirió «Hurón»:

—Subámoslo a la litera de arriba. Así se habrá evitado el trabajo de hacerlo por sí mismo.

Antes de que Lem pudiese mostrarse conforme, Garret advirtió:

—Tenemos que buscar un pretexto que ofrecer a los guardianes mañana. De lo contrario, sufriremos molestias, seguro.

—¿Qué quieres decir?

Interrogó Kopra. Su actitud hacia el nuevo ocupante de la celda había cambiado por completo.

Garret, deslizándose hábilmente, en medio la ruda actuación desplegada, se le presenta como un compañero digno de tener en cuenta. Incluso el haber maltratado a «Hurón», su fiel sombra, y «dormido» a «Pantera» carecía de importancia.

Aclaró el agente del

F. B. I.:

—Escucha, Lem. Sunny no estará mañana en posición de moverse. Es muy posible que tenga rotas un par de costillas.

Agregó a modo de disculpa:

—Él se lo buscó, ¿comprendes? Empleó un juego sucio, una porquería olvidada ya en todos los «*rings*» del mundo. Pero olvidó que las cartas marcadas pueden ser empleadas por dos a la vez.

Movió la cabeza Kopra asombrado. Exultó:

—¿Estás seguro de eso, «Pendenciero»? Las costillas...

—Seguro. Es un golpe que no falla nunca.

Le interrumpió Kopra exaltado. Sus ojos brillaban con entusiasmo:

—¡Demonios! ¡Tienes que enseñarme cómo hacerlo, Morris! ¡Cuernos, muchacho! ¡Es estupendo!

Era una reacción infantil. Pero Garret no se extrañó. Los criminales, como sabía muy bien, jamás dejaban de ser niños.

Incluso los más inteligentes poseían un fondo de ingenuidad formidable.

Con ademán dubitativo accedió:

—Lo haré... algún día... espero...

Estableció una pausa para agregar al fin:

—Aunque no será posible seguramente, ¿te das cuenta?

—¿Por qué?

—No tardaré en ser enviado a Inglaterra..., tal vez.

Una sonrisa distendió sus labios. Prosiguió hablando:

—Los «pies planos» de mi tierra son bastante brutos, Lam. Tienen la mala costumbre de colgar a los «tipos» como yo. No les gustó e que emplease mis propios métodos para «trabajar» allí. Me cargué a un par de polis, dos imbéciles, que pretendían ganarse una medalla. Seguro que ahora tienen un diploma y un par de alas, donde quiera que se encuentren aquellos idiotas.

Kopra le miraba pensativo. La personalidad de «Pendenciero» era, a su juicio, interesante.

Pensaba que era un «tipo» perfecto para colaborar con él. Cada vez le gustaba más la idea de asociarle a la fuga proyectada.

Hombres así son de gran utilidad. Carecen de nervios y de tontos escrúpulos. Se dijo que «Balas» Curtís le agradecería una contribución semejante.

Se contuvo, no obstante. Masculló:

—No te preocupes de eso ahora, «Pendenciero». Ya cruzaremos ese puente cuando lleguemos a él.

Volvió su atención al problema representado por «Pantera» Sunny. Gruñó:

—¿Qué haremos con él?

«Hurón», que no olvidaba sus intereses, la huida tanto tiempo esperada, dijo:

—¿Por qué hemos de explicar la verdad? Diremos que se cayó de la litera. Estaba durmiendo, tuvo una pesadilla, eso es todo.

Antes que formularan alguna objeción a su propuesta, añadió:

—... «Pantera» habrá de estar de acuerdo con nuestra historia. De lo contrario...

Kopra asintió silencioso. Se le hacía evidente qué nadie creería aquella fábula, más las sospechas no desvirtuarían el hecho de las declaraciones del propio interesado.

En cuanto a «Pantera», a pesar de lo animal que era, sabía de qué lado estaba la mantequilla en el pan. Confirmaría cualquier cosa antes de traicionarle.

Levantaron al «gángster», que continuaba inconsciente, depositándolo sobre la litera superior.

Luego, Kopra ordenó:

—Está bien, muchachos. Durmamos ahora. Estoy cansado.

Garret obedeció sin protestas. Sonreía satisfecho. Lo ocurrido con «Pantera» servía a modo de presentación rocambolesca en sus relaciones con Lem Kopra.

Conocía la impresionante fuerza que una demostración, como la llevada a cabo, poseía ante las mentes infantiles de los criminales.

A pesar de la costra de cinismo y dureza que la vida iba dejando sobre la epidermis moral de los bandidos, éstos mantenían siempre en su interior una especie de adoración hacia el tipo de criminal superior.

Se trataba, posiblemente, de una especie de autodefensa del subconsciente ante los ataques de la sociedad organizada.

Los Lem Kopra de este mundo conocen el hecho de hallarse al margen de la legalidad, en lucha contra el resto de los humanos.

Por tal razón, muchos de ellos se describían a sí mismos como el producto de una sociedad falsa, en lo que, desde luego, tienen razón, adoptando una postura de mártires.

Pero, aceptando el hecho del fenómeno social, Garret sabía que aquellos bandidos se negarían a ser regenerados, en el caso de ofrecérseles una oportunidad.

Porque cuentan con una segunda posición sicológica. Se autodefinen, también, como hombres de acción, especie de luchadores elegidos en un mundo vulgar, entregado al robo y a la rapiña encubiertos.

A la mañana siguiente todo sucedió de acuerdo con lo previsto. Las autoridades de la prisión hubieron de aceptar el que «Pantera»

Sunny sufría pesadillas y que «se había caído de la litera mientras dormía».

El asombro de Kopra aumentó al enterarse de que «Pantera» tenía cuatro costillas rotas.

Su actitud hacia el hombre a quien creía «Pendenciero» Morris fue de cautela mezclada con admiración.

No le consideraba superior, desde luego, pero aceptaba que era un «elemento de primera categoría».

El agente del

F. B. I.,

trabajó los dos días siguientes en el taller mecánico de la penitenciaría. En la ficha de «Pendenciero» Morris constaba la profesión de mecánico.

No le fue difícil representar su papel. Los sombras del Federal Bureau of Investigation son adiestrados en la academia de Quántico en las más diversas actividades y profesiones.

De acuerdo con el historial del tipo que representaba se mostró poco comunicativo con el resto de los penados.

Éstos, por su parte, se mantenían en una prudente reserva ante él. Sabían que Lem Kopra lo había admitido en su grupo.

Siguió con interés las etapas de cambio de «Hurón» y Lem Kopra. Sin duda habían llegado a una decisión con respecto a su persona.

Pensaba que probablemente le invitarían a participar en la fuga. Y eso era lo que pretendía, justamente, con la comedia que estaba representando.

En líneas generales conocía el proyecto de Kopra y de los hombres que en el exterior se disponían a ayudarle para que escapara.

Era algo relacionado con la instalación electrónica de la penitenciaría. Más la forma en que llevarían a cabo sus planes los bandidos resultaba imprevisible:

Pero lo que parecía seguro era la participación en la fuga de «Balas» Curtís, el hombre a quien deseaba capturar.

En tal caso, Stamley Garret se hallaría en posición de acercarse al siniestro «boss», cabeza oculta de la criminalidad.

No se equivocó en sus previsiones. Llegada la noche del segundo día, Kopra le abordó una vez que estuvieron en la celda. Dijo:

—Escucha, «Pendenciero». ¿Qué tal te parecería librar el pescuezo del lazo corredizo? En Inglaterra ahorcan a la gente, ¿no es así?

Dejó que en su rostro se plasmase una expresión de incredulidad y resentimiento.

Gruñó:

—Tienes la misma gracia que un elefante oliendo una rosa, Kopra.

Se pasó una mano por el cuello. Prosiguió:

—Claro que no me gusta la corbata de cáñamo. ¿A quién puede gustarle?

Kopra sonrió con aire de superioridad. Masculló:

—Bueno; tal vez pudiese arreglarse ese asunto, muchacho.

Simuló Garret un gesto de preocupación. Habló reluciente:

—¿Qué quieres decir, Lem? No me gustan las bromas sobre lo que va a ocurrirme.

Cambió ahora mostrándose confidencial. Las caras de «Hurón» y Kopra componían un gesto de seriedad.

Murmuró:

—Hace tiempo que pienso en eso, Lem. No sé cómo, pero es seguro que no me dejaré llevar al matadero sin resistencia. Tendrán que embarcarme para Inglaterra en pedazos.

Concluyó sus palabras dejando que en su voz se deslizara un acento sombrío, pleno de resolución y amenaza.

Kopra colocó una mano sobre su hombro. Miraba a «Hurón». Éste estalló:

—¡Rayos! ¡Díselo ya! Tiene que saberlo, ¿no?

Y Lem Kopra empezó a hablar.

VI

MARA Kadar poseía cualidades indefinibles que obligaban a los hombres, al verla por vez primera, a dar un salto... mental.

Era como ir caminando por un sendero sumido en completa oscuridad y ser deslumbrado súbitamente por faros potentes.

Su cuerpo, que al moverse parecía engendrar una corriente eléctrica, estaba dotado de las curvas precisas en los lugares justos.

Mara observaba al mundo a través de unos ojos verdosos, en los que se encendían ocasionales chispitas doradas. Su visión de las cosas solía ser optimista.

La rojiza cabellera, que peinaba suelta, enmarcaba un rostro de óvalo perfecto, donde un par de hoyuelos servían de trampas que hacían naufragar a los más sólidos cerebros masculinos.

La primera vez que el doctor Pearson se halló en presencia de Mara, que pretendía ocupar el puesto de enfermera en la penitenciaría, movió la cabeza preocupado.

«Una mujer como aquélla, pensó, sería una especie de artefacto diabólico, presto a explotar en cualquier momento, en el polvorín de la prisión.»

Situada en un medio donde los hombres están impedidos de satisfacer sus normales apetencias, Mara Kadar resultaba un manjar succulento, colocado bajo las narices de un hambriento, más protegido por el grueso cristal de un escaparate.

Se equivocó, no obstante, el doctor. Ciertamente que los mil doscientos reclusos que, aproximadamente, se hallaban en el penal, además del personal masculino del servicio, se enamoraron de ella.

Pero nadie se atrevió a molestarla. Recibió innumerables sonetos ripiosos, en donde se mezclaban a conceptos altamente poéticos los ofrecimientos de «cortarle el cuello a alguien» si le causaban el más

ligero trastorno.

Aquella noche, Mara se había retrasado. Un atasco en la circulación detuvo su coche, obligándola a lanzar unas exclamaciones poco académicas.

Más una vez que hubo conseguido salir del atasco rió. Porque el culpable, un anticuado Ford de veinte años atrás, iba conducido por una severa ama de casa, tan imperturbable como la estatua de la Libertad.

Apretó el acelerador al máximo de velocidad permitida. Iba en dirección a Northway. Se detuvo frente a la taberna del viejo Slim.

Slim había sido compañero de su padre en los días de la primera guerra mundial.

Más tarde emigraron a Estados Unidos juntos y continuaron su amistad, rota únicamente por la muerte de uno de ellos, el padre de Mara.

Sin embargo, la muchacha seguía considerando a Slim como la única familia con que contaba.

Los ojillos perspicaces de su viejo amigo la observaron complacidos mientras la veía avanzar hacia el mostrador tras el cual se hallaba.

Gruñó levemente:

—Bueno, Mara. Confieso que si tuviese cuarenta años menos tú no andarías por el mundo sola. ¡Caramba! ¿Qué les ocurre a los hombres ahora? ¡Hum! Cuando yo era joven. Un día, tu padre y yo...

Mara le escuchó sonriente. Slim vivía en el pasado. Miraba a su alrededor y creía hallarse en otro planeta, alejado de sus tiempos tan sólo por la distancia física.

Las visitas de la muchacha eran para él como una especie de suero vital del que no podía prescindir.

No tardó en despedirse. En realidad, la idea de llegar tarde ocupaba su pensamiento durante la visita.

Slim la vio marchar con estas palabras:

—Mara: tengo ganas de que me presentes a tu novio. ¡Caramba! No voy a durar siempre y... ¿quién será tu padrino de boda?

Subió al anticuado modelo de Hudson de su propiedad, reflexionando sobre lo dicho por Slim.

Se decía, a veces, que su porvenir estaba representado en la

estampa clásica de la solterona.

Y no es que le faltasen hombres ansiosos de liberarla de tal peligro.

Era, sencillamente, que jamás había encontrado nadie cuya presencia determinase un deseo de cambio en ella.

Quizá todo se debiese al trabajo que realizaba. El espectáculo crudo de una cara, generalmente desconocida, de la sociedad, hacía que sus impulsos quedasen refrenados.

Veía a los hombres con demasiada claridad. Entre los reclusos que acudían a la clínica cada mañana hallaba motivo suficiente de preocupación ante la aventura peligrosa del matrimonio.

Oía hablar de individuos que se vendían, de falsas reputaciones, de fachadas de respetabilidad aparente, muros tras los que se escondían terribles, lacras e inmoralidades.

En consecuencia, Mara se había convertido en espectadora un poco cínica de la sociedad.

Aceleró la marcha del Hudson. Presentía que, si tardaba un par de minutos más que de ordinario en acudir a su trabajo, algún preso contraería el cólera u otra rara enfermedad repentina.

Era algo comprobado. El doctor Pearson lo decía siempre:

«Dele usted un día de permiso a los bomberos y habrá desafiado al azar. Se vengará desencadenando el incendio más grande de la historia.»

Pasó a un autobús de lento andar con una hábil maniobra. Por un instante, el recuerdo del doctor Pearson se apoderó de su mente.

Sonrió, compasiva en cierto modo. La ayuda que aquel hombre esperaba durante tantos años en sus afanes de investigador había llegado tarde para impedir la ruina de su vida.

Porque entre tanto encontró una mujer a su paso, con la que cometió la barbaridad de casarse.

Lo imaginó ahora aburrido, aguantando paciente las quejas constantes de Lyra, su esposa. Seguro que odiaba los trópicos y la buena suerte llegada a destiempo.

Ante los faros del Hudson se perfiló la mole grisácea del penal.

Hizo resonar dos veces el claxon, a fin de avisar a «Smoky», quien debía hallarse de guardia en la sala de control, para que le abriese.

Las pesadas puertas se movieron lentamente. Las luces de

identificación inundaron su coche con su luz blanquecina; los hombres de guardia en el muro exterior conocían muy bien el desvaído color gris del Hudson.

Se adentró con precaución hacia el acostumbrado lugar de aparcamiento.

Le llegó, amortiguado por la distancia, el saludo de «Smoky»:

—O. K, Mara. Adelante.

Poco a poco aquello se había convertido en algo rutinario. Al principio, Mara sentía latir su corazón con violencia, impresionada por el severo aparato oficial.

Más los aspectos desagradables de su trabajo desaparecieron mucho tiempo atrás, barridos por el contacto diario con los hombres de los cuales se protegía la sociedad encerrándolos tras gruesos muros y barrotes de hierro.

Ahora la joven notaba la sensación de hallarse en un segundo hogar, rodeada de buenos amigos, incapaces de hacerle mal alguno.

En realidad... Sus pensamientos volaron como aves sorprendidas por el disparo repentino de un cazador.

Un objeto duro se apoyó en su espalda. Un escalofrío congeló su sangre.

La voz ronca, amenazadora, que resonó junto a sus oídos, llevaba consigo presagios de muerte. El terror apresó a Mara en su fría coraza.

—¡No te muevas, paloma! ¡Esto es un asalto!

La presión entre sus omoplatos aumentó. La voz odiosa subrayó, siniestra.

—¡Te clavaré un par de balas en la columna vertebral si no obedeces, escultura! ¡Muévete!

Se sintió guiada hacia la caseta de control. Pensó que el centinela del muro los vería cruzar y dispararía sobre ellos. Mas no fue así.

«Smoky», se dijo, estaría entregado a su pasatiempo favorito: la resolución de palabras cruzadas.

Ante la cerrada puerta le ordenaron:

—¡Vamos! ¡Llama a «Smoky»! No hagas tonterías. ¡Lo mataré como a un perro a la menor señal de alarma! ¡Lo mismo que a ti!

Eran dos hombres, ahora se dio cuenta. Se habían situado a ambos lados de la puerta, moles de músculo y hueso animadas de

malignas intenciones.

Llamó. Se hallaba sumida en un curioso desdoblamiento. Oía en el interior de la sala de control los, movimientos de «Smoky» que se acercaba para abrir.

Al mismo tiempo se daba cuenta de que había sido ella misma quien introdujera a los asaltantes en el recinto de la prisión.

¡No cabía duda! Recordó su costumbre de abandonar el Hudson, sin cerrarlo, durante el tiempo que empleaba en sus periódicas visitas al viejo Slim.

Aquellos hombres, evidentemente, debieron esconderse en la parte trasera del coche, a la que ella, llevada de la costumbre, nunca dirigía una mirada.

La afilada nariz de «Smoky» se adelantó inquisitiva desde el brillante y acogedor interior del cuarto de control.

La muchacha vio brillar en los ojillos diminutos del guardián alegría y sorpresa al mismo tiempo.

«Smoky», como el resto del personal de la prisión, estaba enamorado de Mara.

No importaba el motivo por el que la muchacha hubiese ido hasta allí. Bastaba con su presencia.

—¡Caramba, Mara! —exclamó—. Soñaba con el Gran Premio de Indianápolis. Cien mil machacantes, muchacha. Pero tú eres mucho mejor.

Su voz se fue apagando gradualmente. Una expresión de asombro y temor apareció en sus pupilas.

Un hombre se había situado junto a Mara. Y en su mano negreaba una automática, enfilada al estómago de «Smoky».

—¡Adentro! —ordenaron—. ¡Muévete!

Obedeció. Otro hombre se había unido al primero, también armado.

Éste cerró con cuidado tras sí. Llena de terror, Mara presenció una escena que parecía arrancada de una película de «gangsters»

El primero de los asaltantes se acercó a «Smoky». Dijo:

—¡Vuélvete!

Durante un instante, Smoky pareció decidido a resistirse.

La pistola que le apuntaba se hundió brutalmente en su estómago.

—¡Cierra el pico, bastardo!

El rostro de «Smoky», habitualmente pálido, adquirió de repente un subido color rojo.

Se dobló hacia adelante. El bandido levantó la pistola. La dejó caer sobre la nuca del guardián con fuerza.

Moviéndose con los pesados esfuerzos de un oso, el bandido se acercó, acto seguido, a Mara.

Sus facciones eran rudas; barba espesa, cerrada, que negreaba la parte inferior del rostro.

La muchacha pensó que aquellos ojos, que parecían desnudarla, diminutos desiertos helados, proclamaban la falta de humanidad de su poseedor.

El «gángster» acarició la rugosa culata del arma, con que golpeará a «Smoky», voluptuosamente.

Sus dedos eran como espátulas; horribles tentáculos dotados de movimientos sinuosos.

Gruñó:

—Oye una cosa, muñeca. ¡Mantón la boca cerrada! No me gustaría convertir un cuerpo tan bonito en carroña antes de tiempo.

Mara se encogió, bajo la mirada viscosa que la recorría como una caricia brutal.

Prosiguió el bandido:

—Recuerda una cosa, paloma: Solo, pueden colgarme una vez, ¿comprendes?... Y te llevaría conmigo al otro mundo.

Rió con una mueca espantosa, acabando en un murmullo siniestro:

—A lo mejor nos colocaban juntos en el infierno, preciosa. ¿Verdad que sería gracioso?

Desvió su atención hacia el otro bandido. Inquirió:

—¿Acabaste ya?

Se dio cuenta Mara de que, aquel hombre había cambiado sus ropas con las de «Smoky».

Poseía incluso un vago parecido con él. Manipulaba en el tablero de mandos de sistema electrónico, afanoso.

Maldijo con furia:

—¡Mal rayo te parta! ¿Crees que me estoy divirtiendo? ¡Vete a...!

No acabó de especificar el punto preciso adonde pensaba enviar a su compinche.

Lanzó una exclamación de triunfo:

—¡Demonios! ¡Ya está!

Gruñó:

—Vamos, «Torpedo». Tendrás que darle a las patas de firme.

Se movilizó el llamado «Torpedo» hacia la salida. Su ruda figura se perdió en la oscuridad exterior.

Mara vigilaba tensa, recobrado en parte su valor.

Poco a poco iba recuperando la capacidad de reacción. Se decía que tal vez le fuese posible dar la alarma, aprovechando algún descuido del único bandido que la vigilaba.

Éste pareció adivinar sus pensamientos. Era alto, delgado, de pies y manos muy grandes.

Su rostro, plano, se abría en unos ojos negros, desprovistos de calor y vida.

Habló sin entonación, como anunciando algo inevitable:

—Si abres la boca, ratita, te convertiré en un fiambre. Tengo el dedo índice muy nervioso.

Mara percibió la tremenda amenaza latente en aquellas palabras. Obedeció.

Nada adelantaría provocando una catástrofe. Su vida y la de otras personas, «Smoky» mismo, carecían de valor alguno para los «gangsters».

Se preguntó qué estaría haciendo el otro «gángster». En seguida tuvo la respuesta.

Apareció de nuevo en la habitación. Tras él entraron otros dos hombres.

Por un instante estuvo a punto de gritar, llena de alegría. ¡Eran guardianes de la prisión!

Pronto comprendió que estaba equivocada. ¡Aquellos individuos eran criminales también!

Lo imposible estaba sucediendo.

¡La prisión modelo, considerada inexpugnable por quienes la concibieran, había caído en manos de unos bandidos sin que hubiesen necesitado disparar un solo tiro!

Parecía una locura, mas así era.

Los tres hombres esperaban con los nervios en tensión, iguales a fieras en acecho.

Lem Kopra y «Hurón» ocupaban sus literas, en la parte izquierda

de la celda.

Stanley Garret, encogido en la suya, oía las respiraciones acompasadas de sus compañeros.

Se esforzaba en percibir los ruidos lejanos, pasos tal vez, que anunciasen el momento en que empezaba la huida.

Sobre la confusión de sus pensamientos predominaba el asombro. Lo que ocurría era inaudito.

El inspector Mac Bride saltaría como un gato rabioso cuando oyese el relato de aquellos momentos.

Porque se hacía evidente que «Balas» Curtis, el escurridizo y misterioso rey de los «gangsters» neoyorquinos, poseía el secreto de anular las «maravillosas» técnicas modernas de precaución, adaptadas en el penal, en forma simple y efectiva.

Y lo paradójico era que la sencillez residía, precisamente, en las depuradas técnicas utilizadas.

Se había suprimido casi por completo la intervención del hombre en las medidas de seguridad y alarma.

De acuerdo con los proyectos y realizaciones quedaba eliminada totalmente la posibilidad de que un grupo de reclusos decididos obligase a los guardianes a dejarles expedita la salida.

Un cerebro electrónico controlaba, absolutamente, los sistemas de apertura y cierre en las celdas y galerías.

A la menor señal de alarma el enorme edificio de hierro y cemento quedaba convertido en una especie de caja acorazada, dividida en una serie de compartimientos estancos, a semejanza de un submarino.

Timbres de alarma, luces, rayos infrarrojos, corrientes eléctricos..., todos y cada uno de los métodos revolucionarios de la tecnología, al alcance de los servidores de la ley para controlar a los reclusos.

Pero sólo teóricamente era aquello cierto. Las palabras de Lem Kopra resonaron en la banda sonora del cerebro del agente del F. B. I.

Kopra había hablado, gozándose en la sorpresa que demostraba su interlocutor:

—Escucha, «Pendenciero». Resulta asquerosamente sencillo. No habrá que disparar un tiro. Bastará «untar» a un solo hombre. Lo demás...

Sus dedos hicieron un expresivo gesto indicando la clase de «líquido» que habría de emplearse para anular al hombre clave.

Luego hizo un rápido diseño demostrativo de lo familiarizado que estaba con el plan de fuga.

Dibujó en líneas simples el cinturón exterior de seguridad de la prisión.

Señaló:

—Aquí está el cuarto de control, «Pendenciero», cerca de la entrada principal. A poca distancia, dominando la entrada, hay un centinela. Ese hombre, junto con el que maneja los mandos de la sala de control, es quien identifica a los visitantes. Tiene una pequeña pantalla de televisión adicional, ¿comprendes?

Hizo una pausa. En sus ojillos se reflejaba el regocijo que le producía su propia eficiencia y la de sus «asociados».

Dio un leve golpecito con el lápiz sobre el papel donde estaba dibujando.

Sus manos, enormes, convertían en diminutos objetos, por contraste, cuánto tocaban.

—Ese hombre, el primer guardián, es de los nuestros..., a cambio de unas cuantas «sábanas», y el único que necesitamos. Porque para llegar a la torre de control,...

Se silenció sin explicar cómo se proponían hacerlo. Garret quedó sumido en preocupado meditar.

El plan era sencillo y, al mismo tiempo, tremendamente eficaz.

Si los «gangsters» conseguían apoderarse de la torre de control, aquello que convertía en seres inútiles a los penados podía volverse en contra de los guardianes.

Ciertamente, «Balas» Curtis era una nueva clase de criminal.

Inteligente, osado, desprovisto de escrúpulos ni falsas valoraciones.

Los planes de aquel hombre denunciaban al individuo con dotes de mando y organización casi perfectos.

Se hacía, pues, cada vez más importante el capturarlo. De no ser así...

El sonido lejano de pasos que se acercaban barrió sus pensamientos.

Advirtió que las respiraciones de sus compañeros habían cesado. Los adivinó concentrando en el oído todos sus sentidos.

Oyó murmurar a Kopra:

—¡Ya están ahí!

El «gángster» se deslizó hasta el suelo sin ruido alguno. A pesar de su corpulencia se movía con sorprendente agilidad.

Junto a él, Garret atisbó por la angosta abertura sobre la puerta de la celda. «Hurón» respiraba anhelante a sus espaldas.

Dos hombres, vestidos correctamente con el uniforme de los guardianes del penal, se detuvieron ante la celda.

Desde la torre de control manipularon los mandos de apertura. Con majestuoso movimiento la pesada puerta se abrió.

Kopra se adelantó impulsivo. Exclamó:

—¡Demonios! ¡Ya era hora! ¿Eres tú, «Torpedo»?

El hombre a quien se dirigía hizo un gesto severo, recomendando silencio.

Kopra recordó las instrucciones recibidas. Se silenció. Garret tomó nota de las muestras de nerviosismo dadas por el «gángster», las primeras que sorprendía en él.

A su vez, conocía las instrucciones. Debían evitar a toda costa movimiento alguno que determinara una alarma prematura.

Para ello, debían considerar a los falsos guardianes como auténticos, seguirles demostrando obediencia, a fin de engañar al resto de los reclusos, que en aquellos momentos atisbarían desde sus celdas vigilando la extraña aparición nocturna.

Cada vez más asombrado, Garret admitió que los planes de «Balas» Curtis iban a salir bien.

Hasta el último instante había esperado que surgiese algo haciéndolos fracasar.

Porque, si bien deseaba cazar al «boss», sentía cierta humillación al ver burlada la ley en forma tan simple.

Mas iba comprendiendo que el ritmo mecanizado de la prisión podía dar lugar a tales fenómenos.

Las máquinas, se decía, eran, capaces de notar cualquier cambio material que se produjese, más carecían de sensibilidad para captar el íntimo trabajo del cerebro humano.

En voz baja, el hombre llamado «Torpedo», ordenó con entonación feroz:

—¡Vamos, muchachos! ¡Daos prisa! ¡Nos estamos jugando el pescuezo!

Marcharon a lo largo de la galería, perseguidos por las miradas invisibles de los otros presos, que les veían caminar hacia un imprevisto y repentino destino.

Se encaminaron en dirección a las oficinas del gobernador de la prisión.

Tal era el recorrido normal en los casos de traslado de presos.

Pronto llegaron a las oficinas. «Torpedo» mostró a los fugitivos un cuartito, especie de sala de espera.

Ordenó:

—¡Entrad ahí! Poneos las ropas que encontraréis, ¡pronto!

Cumplimentaron la orden en pocos instantes. De nuevo les guió «Torpedo».

Kopra murmuró junto al oído de Garret:

—¿Qué opinas, «Pendenciero»? ¿Te das cuenta lo fácil que resulta forzar esta lata de sardinas?

Nada contestó. Iba comprobando, con cierta amargura, cómo se cumplían las previsiones de los «gangsters».

Una bocanada de aire caliente azotó los rostros de los reclusos fugitivos, apenas alcanzaron el patio exterior.

Garret notaba sus nervios tirantes. En cada momento creía oír la alarma dada por alguno de los guardianes del muro exterior.

Y, si así era, pronto se elevaría en la noche el eco siniestro de las detonaciones de las armas de fuego.

Alcanzaron la torre de control sin que sus temores tuviesen confirmación.

Otros hombres se unieron a ellos. Sorprendido, descubrió la presencia de una mujer. No pudo ver su rostro.

Distinguió uno de los bandidos situado junto a ella, presionando sobre su espalda el cañón de una pistola.

Sin dificultad cruzaron la puerta principal. La voz de «Torpedo» se elevó en un murmullo precipitado:

—¿Alguna novedad?

Uno de los hombres uniformados contestó:

—Todo arreglado, amigo. El resto de los muchachos depende de nosotros.

Emitió un sonido gutural que pretendía ser una carcajada:

—Je. Si nosotros no damos la señal de alarma podrían salir todos los reclusos ante sus narices sin que llegasen a enterarse de lo

que estaba sucediendo.

Sus palabras dieron la clave a Garret de lo que estaba ocurriendo.

Con toda evidencia, aquel individuo pertenecía «legalmente» a la plantilla de guardianes del penal.

Habló otro:

—Nosotros hemos cumplido nuestra parte, «Torpedo». ¿Qué hay de lo prometido? ¿Dónde está el dinero?

Hubo un silencio. Luego el «gángster» dijo:

—Claro que sí, amigo, claro que sí. Está en el coche. No pensarás que llevo un fajo de billetes de casi una tonelada de peso en el bolsillo, ¿verdad?

Emitió una leve risita. Garret veía a lo lejos la cópula luminosa que las luces de la ciudad fingían sobre los edificios.

Notó bajo sus pies el cemento de la carretera; Siguió a los otros. A corta distancia distinguió las confusas siluetas de dos coches aparcados, con las luces apagadas.

Una vez allí, «Torpedo» ordenó:

—Bueno, muchachos. Subid. Tenemos que irnos.

Continuó en tono brusco:

—Vosotros —señalaba a los últimos bandidos agregados— podéis marcharos ya. Llevaos a la chica. No quiero que la toquéis, ¿comprendido? Esa escultura la reservo para mí.

El motor de uno de los coches rugió. Quedaban junto a los guardianes vendidos «Torpedo», Kopra, «Hurón» y Garret.

A su vez el agente del F. B I., subió al coche. Kopra eligió el asiento trasero, junto a «Hurón».

«Torpedo» se enfrentó a los guardianes. Súbitamente hizo un movimiento.

Los ojos de Garret, acostumbrados ahora a la oscuridad, descubrieron el bulto ominoso de una metralleta.

Un tono truculento se había deslizado en la voz del criminal.

Gruñó:

—Sí, amigos. Voy a daros lo vuestro.

—¡Dios mío! ¡Qué...!

—¡Qué es esto! ¡Tú...!

Ladró la metralleta, despertando los dormidos ecos de la noche.

Las voces de los traidores se quebraron súbitamente. Fue como

si de pronto sobre sus cuerpos se abatiera un rayo partiéndolos en dos.

Rodaron por el cemento, aunque sus gritos no podían apagar la voz de los disparos.

«Torpedo» subió al coche, frente al volante. Presionó su cuerpo contra el de Garret.

Jamás supo lo cerca que había estado en aquel momento de la muerte.

Porque sólo el recuerdo de la desesperada misión que cumplía pudo estrangular los impulsos del agente del

F. B. I.

Se prometió, no obstante, en silencio, que mataría al frío, cobarde asesino que, a su lado, manejaba el volante del coche con descuidada seguridad, ajeno por completo a los remordimientos.

VII

«T ORPEDO» condujo a gran velocidad, dirigiéndose hacia la zona residencial de Long Island.

Había cumplido parte de la misión que le fuera asignada por «Balas» Curtís, siguiendo fielmente las órdenes recibidas.

Mas en lo que restaba por hacer, había introducido una ligera modificación, encaminada a satisfacer sus propios planes.

¡Tenía orden de liquidar a Lem Kopra y a los hombres que le acompañaban en la fuga!

Según tales órdenes, la muerte de Kopra y el resto de los fugados debía tener lugar en el mismo sitio y hora que los elegidos para dar su pago en plomo a los guardianes de la prisión.

«Torpedo» sonrió en la semioscuridad del coche, pensando en la cara de miedo de aquellos bastardos a los que poco antes diera muerte.

Resultaba gracioso el que tipos así reaccionasen siempre de la misma manera: Gritando como mujerzuelas al ver llegar su último instante.

El «gánster» hallaba una satisfacción especial en tales momentos.

Pero en el caso de Lem Kopra, «Torpedo» necesitaba recrearse.

Quería verle retorciéndose de miedo, pidiendo compasión, arrastrándose... para dispararle en la barriga un cargador completo de su metralleta.

Siempre había odiado a aquel mastodonte. Era una mezcla de complejo de inferioridad y ambición.

Porque en su interior, «Torpedo» sentía que Lem Kopra poseía mayor personalidad, capacidad combativa superior a la suya.

La modificación introducida en las órdenes recibidas era algo que había decidido por su cuenta, desde el momento en que fuera

designado para llevar, a cabo aquella misión.

Pero ahora, incluso, tenía un pretexto magnífico con el que justificarse ante el «boss».

Un extraño se había mezclado en la fuga. Aquel tipo que iba a su lado, fumando plácidamente cual si estuviese en una gira dominical.

Debía enterarse de quién era. El hecho de que Lem Kopra lo llevase consigo, en lugar de «Pantera» Sunny, resultaba fuera de lo normal.

Además, «Torpedo» pensaba en la pelirroja enfermera, cuyo coche utilizaron para introducirse en el penal.

Si mataba a Kopra y a los otros delante de sus narices, tendría que hacer lo mismo con ella.

Y en sus planes no entraba semejante posibilidad. Aquella palomita había de servir para algo más que ser arrojada a una cuneta con varios balazos en el cuerpo.

Desvió el coche al llegar a Canyon Street. Se adentró por la zona casi desértica, en trance de urbanización, que se extendía siguiendo la orilla del Hudson.

Habló por vez primera Kopra desde que «Torpedo» pusiera en movimiento el coche:

—¿Adónde vamos? Escucha, amigo. Tengo que hablar con el jefe. Necesito algo de movimiento. ¡Demonios! Si llego a continuar algún tiempo más en ese agujero, me convierto en una momia. Además, hay varias cosas importantes. Yo...

Le interrumpió «Torpedo», manteniendo la atención fija en el camino, hablando por encima del hombro:

—No te preocupes, Lem. Vamos al antiguo almacén. Así lo ordenó «Balas».

Al cabo de unos instantes de silencio, añadió:

—Algo grande, Lem. Lo más grande que te ha ocurrido nunca. Ya lo verás.

Stanley Garret tuvo de nuevo la sensación de que algo extraño, amenazador, se agitaba bajo las palabras sin especial significado del «gángster».

Kopra, dejando escapar una risita, inquirió:

—Bueno, «Torpedo». ¿Qué es ello? Habla. ¿De qué se trata?

Reluctante, contestó el otro:

—«Balas» te lo dirá personalmente..., quizá, Lem. Son órdenes, ¿comprendes?

Quedaron en silencio. Kopra parecía satisfecho. No así Garret, más alerta que nunca ahora.

La voz chillona de «Hurón» resonó tras él en son de queja:

—¡Caramba! ¿Cuándo vamos a llegar? Estoy harto. Tengo ganas de beber un trago, de ponerme un terno decente; vivir como una persona y no igual que una maldita rata metida en su agujero. ¿Dónde está ese maldito almacén?

Quedó en silencio durante algunos instantes. Después volvió a abrir la boca.

Esta vez se dirigió a Garret con entonación venosa. Graznó:

—Voy a presentarte un par de tipos, bocazas, que se encargarán de ti. Ese apodo de «Pendenciero» habrás de cambiarlo por otro. Perderás las ganas de maltratar a la gente. Tú crees que...

Restalló, malhumorada, la voz de «Torpedo»:

—¡Cierra el pico, «Hurón»! ¿Quién es este individuo?

Fué Lem Kopra quien le ofreció una breve biografía:

—Se llama «Pendenciero» Morris, muchacho. Será un buen elemento... cuando haya aprendido quién es el que manda.

Una carcajada escapó de su garganta. Garret se dio cuenta de que en ella, Kopra desahogaba la tensión nerviosa de las últimas horas.

Cuando se calmó, Lem continuó diciendo:

—¡Rayos! Es lo mismo que tú, ¿recuerdas, «Torpedo»? También eras un gallito; hube de enseñarte, ¿eh?

Volvió a reír. En el corazón de «Torpedo» se alzó una oleada de ira demencial.

Crispó las manos sobre el volante dominando los impulsos asesinos que le asaltaban.

Finalmente, murmuró amenazador:

—Tienes razón, Lem, tienes razón. Lo mismo que yo...

Ahora se había recuperado. Dentro de poco aquel imbécil conocería la verdad.

Y entonces, gozaría del placer de patearle en la barriga, de machacarle los huesos...

Finalizó:

—Eso es algo que me gusta recordar, Lem. Sí, aprendí mucho a

tu lado... Tal vez muy pronto pueda saldar aquella pequeña cuenta que hay entre nosotros...

Otra vez la risa escapó torrencial del poderoso pecho del «gángster». Lem Kopra se estaba divirtiendo. Se daba cuenta perfecta de la amargura latente en «Torpedo».

No obstante, era demasiado fuerte, se hallaba situado en una posición tal, que despreciaba los ladridos de quienes le odiaban.

Se dispuso a contestar avivando la hoguera de odio que ardía en el interior de «Torpedo».

Un súbito frenazo del coche, cuyas cubiertas patinaron desagradablemente sobre el asfalto, se lo impidió.

Lanzó una maldición entre dientes. Se habían detenido ante un edificio de una planta, de gruesos muros de comento.

Era muy grande, semejante a otros existentes en la zona, dedicados todos ellos a almacenes. Innecesariamente, informó «Torpedo».

—Bueno. Ya estamos.

Se apearon. Constituían un grupo extraño. Las ropas que llevaban Kopra y el agente del

F. B. I.,

resultaban pequeñas, mientras de «Hurón» desaparecía casi entre los pliegues de una chaqueta demasiado grande.

Por su parte, «Torpedo» conservaba aún el uniforme que utilizara dentro del penal.

«Torpedo» se puso al frente del grupo. Tras él marchaba Kopra.

«Hurón» precedía a Garret. Éste se hallaba más alerta que nunca, convencido de que existía algo extraño en cuanto estaba sucediendo.

En el interior del almacén se apilaban montones de fardos, indicio de una actividad extraordinaria. Estaba iluminado parcamente.

Kopra murmuró:

—Seguimos con el antiguo juego, ¿eh?

Esperó a que Garret llegase a su altura. Le dijo:

—¿Qué te parece, chico? Esos tipos del cine son idiotas. ¡Ja!

Hizo un ademán que abarcaba cuanto se ofrecía a su vista. Prosiguió:

—Fíjate. Es la mejor manera de traer «coca» sin que esos

cretinos del

F. B. I.,

metan sus narices, ¿comprendes? Todo lo que ves aquí es «auténtico», fardos de mercancías diversas, que se venderán a buen precio Pero, además...

Hizo una pausa efectista. Estaba orgulloso del método de trabajo de «Balas» Curtís.

—«Untas» un poco las zarpas de los aduaneros. No miran, ¿para qué? Y así viene la mercancía. A la vista de todos.

Dejó brotar la cascada de su risa. Finalizó:

—¡Ja! ¡Idiotas! Eso es lo que son esos tipos del cine, ¡idiotas!

Viniendo del fondo, donde la oscuridad se hacía una masa viscosa, les llegó la voz de «Torpedo».

—Hablas demasiado, Lem, Tendrías que cerrar el pico, no parecerte a un maldito loro.

Se hallaban detenidos casi en el centro de la nave industrial. Montones de fardos se apilaban, formando a su alrededor una especie de círculo.

«Torpedo» se movió hacia un lugar indeterminado. Como resultado de sus acciones, sobre sus cabezas se encendió una bombilla de escaso voltaje.

Esparcía una luz difusa, que no lograba disipar por completo los ángulos de oscuridad.

Lem Kopra exhibía una expresión de asombro. Sus ojillos, diminutos trozos de azabache, carentes de brillo, permanecían fijos en la metralleta que «Torpedo» empuñaba.

Éste sonreía con siniestra mueca. Garret, que se hallaba a la derecha de Kopra, enfilado también por el arma, comprendió instantáneamente la verdad.

¡«Balas» Curtís había sentenciado a muerte a Lem Kopra! Y con él, a los hombres que le acompañaban en la fuga.

La voz de Kopra se elevó en agudo diapasón de alarma:

—¡Rayos! ¿Qué es esto? ¿Te has vuelto loco? ¡Tú...!

—¡Cierra tu puerca boca!

Las palabras de «Torpedo» semejabán trozos de plomo que buscasen la muerte del hombre al que odiaba.

Garret se mantenía tenso, acechando la oportunidad de actuar. Comprendía que las probabilidades de escapar eran muy pequeñas.

Porque «Torpedo» les mantenía bajo la amenaza de la metralleta, sin apartar la mirada ni un segundo, acariciando el gatillo con un dedo índice impaciente.

Si llegaba a apretarlo era imposible esquivar la muerte. Junto a él oyó la respiración anhelante de «Hurón».

No desvió la mirada. Se dijo que tenía que encontrar una salida a la situación fuese como fuese.

«Torpedo» exultó de nuevo:

—¡He esperado mucho tiempo este momento, bastardo! Estaré riendo hasta que me muera cuando recuerde la expresión de tu cara al sentir una ráfaga de balas en la barriga. ¡Lem Kopra! ¡Voy a matarte!

Una especie de gemido escapó de la garganta del «gángster». A los oídos del agente del

F. B. I.,

llegó el golpe seco de un cuerpo que caía sobre el suelo.

Una breve mirada, le ofreció la visión abyecta de «Hurón», arrastrándose por el cemento, en un lloriqueo repugnante:

—¡No lo hagas, amigo! ¡No dispaes! ¡Yo no hice nada! ¡Fue él... Lem! ¡Yo no hice...!

Fue entonces cuando Garret actuó. Era algo desesperado, más ninguna otra cosa podía hacer.

Saltó hacia «Torpedo», que durante breves segundos había desviado su atención, interesado en el sollozante confidente.

El agente federal era el resultado de una serie de estudios y métodos científicos de educación física, capaces de lograr milagros, al actuar sobre un cuerpo perfectamente sano.

Los años de preparación concienzuda, rematados más tarde en la Academia de Quántico, habían convertido a Stamley Garret en una máquina de poderosos y coordinados movimientos.

Cruzó el espacio a semejanza de un proyectil. La punta de su pie derecho entró en contacto fulminante con la prominente barbilla de «Torpedo».

Los efectos fueron devastadores. Garret salió despedido hacia un lado, en tanto que «Torpedo» trastrabillaba.

Se oyó un crujido ominoso. Un alarido ululante escapó de la garganta del criminal.

Chocó contra el montón de fardos que había tras él

derribándole.

La metralleta escapó de sus manos. Rebotó contra el suelo como si fuera algo vivo.

No obstante, un instante más tarde, la empuñaba de nuevo. Apretó el gatillo.

Garret se había dejado caer aplastándose contra el suelo. Sintió el zumbido furioso de los trozos de plomo sobre su cabeza.

Viniendo de algún punto innominado del almacén, dos hombres irrumpieron en la escena.

En sus manos empuñaban sendas pistolas. Empezaron a disparar. Las balas mordieron el cemento, huyendo luego como furiosos abejorros.

Vio a Lem Kopra que saltaba hacia uno de los «gangsters». Le golpeó con ferocidad. Al mismo tiempo gritó:

—¡Acaba con «Torpedo», Morris! ¡Mátalo!

Rodó sobre sí mismo en dirección a «Torpedo». Esperaba el choque brutal de una bala contra su cuerpo. Su pensamiento estaba en blanco. Tan sólo un impulso: luchar.

Logró alcanzar al bandido. Lo aferró con una presa de «judo». Un instante más tarde, «Torpedo» cruzaba los aires, yendo a chocar con tremendo impulso contra el suelo a varios metros de distancia.

Al levantarse, Garret empuñaba la metralleta. Enfiló el arma hacia el grupo formado por Lem Kopra y los dos bandidos que habían acudido en ayuda de «Torpedo».

Vio que la situación del «gángster» era precaria. Luchaba, mas sus enemigos estaban acabando con él.

En aquel momento, uno de ellos se había separado; le apuntaba con una pistola.

Garret disparó. El bandido se dobló en una postura imposible, dejando que la pistola rodara a sus pies.

El último de los «gangsters» le hizo frente. En el mismo instante en que se disponía a disparar, el agente del

F. B. I.,

lo hizo a su vez.

Le vio salir impulsado hacia atrás, las manos levantadas por encima de su cabeza, fugaz visión de un rostro descompuesto por el dolor.

No pudo entretenerse. Con acentos de urgencia le llegó la voz de

Kopra:

—¡Cuidado, «Pendenciero»! ¡Rápido!

Observó que «Torpedo» no se hallaba en el lugar donde cayera poco antes.

Lo descubrió corriendo hacia un montón de fardos, intentando cargar una metralleta en tanto huía.

Con toda evidencia se trataba del arma de uno de sus compinches, que había logrado alcanzar.

Al oír la voz de Kopra, «Torpedo» se detuvo. Se volvió en dirección al agente del

F. B. I.

En un par de movimientos precisos encajó un peine en el arma que empuñaba.

Luego levantó el cañón lentamente. Por su parte, Garret no había querido disparar.

Porque, a pesar de tratarse de la lucha contra auténticas alimañas, carentes por completo de verdadera calidad humana, odiaba el pensamiento de disparar sobre un enemigo desarmado.

Mantenía la metralleta a la altura de su costado derecho. Esperó a que «Torpedo» hubiese logrado apuntar en su dirección.

Y entonces apretó el gatillo. Le pareció poder seguir la trayectoria de los proyectiles en su camino hacia el cuerpo del «gángster».

Oyó, un segundo más tarde de producirse las detonaciones, el sordo baquet del plomo contra un cuerpo.

Un ronquido agónico escapó de la garganta de «Torpedo». Durante algunos instantes permaneció erguido, encajado entre los fardos donde le sorprendiera la muerte, brotando de su boca un rojo surtidor de sangre.

Poco a poco se fue deslizando hasta el suelo. Quedó sentado, la cabeza inclinada sobre el pecho, en actitud de profunda meditación, que jamás cesaría.

El silencio pareció convertirse en algo terrible, como si los ocultos terrores que conserva el hombre en el subconsciente, provenientes de tiempos remotos, cobrasen forma de repente.

En la semi oscura y silenciosa nave industrial se hallaba reunida una trágica asamblea, presidida por el agente del

F. B. I.

Una serie de cuerpos, sorprendidos por la tempestad de violencia, paralizados en posturas, remedo trágico de la vida.

VIII

STAMLEY Garret permaneció inmóvil durante algunos instantes, incapaz de sustraerse al miedo.

A lo largo de su existencia, el agente del
F. B. I.,

había conocido momentos amargos, sobrecogedores, donde la vida de un hombre valía menos que los dos centavos de coste de una bala empleada en matarle.

Mas reconocía en aquel momento que estuvo equivocado cuando juzgó imposible vivir situaciones peores a las ya experimentadas.

Desde muy lejos le llegaron sonidos recordatorios de la existencia de otros seres humanos.

El aullido de una sirena de la policía, el sordo rumor de los motores de un avión, golpes que llegaban de algún lugar remoto.

Con esfuerzo se arrancó a la inmovilidad. El recuerdo de la misión que se hallaba cumpliendo le aguijoneó.

Era un despertar amargo aquél. ¡Había fracasado! La comedia tan cuidadosamente preparada, todos los esfuerzos para llegar a descubrir al traidor que operaba dentro de las filas federales, acabando al tiempo con «Balas» Curtís, yacían por tierra.

Porque Lem Kopra, el hombre elegido para servir de lazo de unión entre el poderoso «boss» y la ley encarnada en su persona, estaba muerto.

Junto a su cuerpo inmóvil, sobre el pecho una extensa mancha sanguinolenta, estaba «Hurón», alcanzado por la primera ráfaga de ametralladora.

«In mente» maldijo a la suerte. Parecía como si «Balas» hubiese triunfado de nuevo.

Se acercó, reluctante, al caído «gángster». Se dijo que sin duda,

Kopra estaba muerto. Nadie podía sobrevivir con una herida como aquélla.

No obstante, le auscultó. Y de pronto una oleada de profunda alegría recorrió su interior.

¡Oía el rítmico latido del corazón del bandido! Apartó el cuerpo de «Hurón», comprobando al hacerlo que el confidente jamás volvería a traicionar a nadie.

Trasladó a Kopra junto a un montón de fardos, reclinándole sobre ellos. Desgarró la camisa del bandido; improvisó un vendaje.

Mientras lo hacía, Kopra abrió los ojos. Durante breves instantes pareció luchar contra las sombras que velaban su visión.

Acabó la cura Garret. Por el momento sería suficiente pues bastaría para detener la salida de sangre.

Vio que los labios de Kopra se curvaban en una mueca de ferocidad.

Un hilo de voz escapó de su garganta. Masculló:

—¿Ma... taste a... ese bastar... do, «Pendenciero»?

Garret inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Bi... en, muchacho. Eso es... es... tupendo. Pero... estamos lis... tos, ¿comprendes?

Aparentó hallarse sumido en confusión. Tenía que proseguir la comedia. Él no era sino «Pendenciero» Morris, un criminal inglés, envuelto en pleitos particulares de los «gangsters» norteamericanos.

—¿Qué quieres decir?

Tardó en llegar la contestación algunos segundos. Luego, Kopra murmuró:

—Es «Balas» Curtís, muchacho. Nos ha cazado. Nada podemos hacer, mucho menos ahora que estoy herido. Yo...

Su voz se debilitaba. Garret dijo:

—¿Quién es ese «Balas»? ¿Por qué desea matarte, Lem?

Las pupilas del «gángster» aparecían cubiertas por una placa vidriosa, signo de muerte.

Se incorporó lanzando una maldición en voz baja. ¡Tenía que conseguir auxilios médicos para Kopra rápidamente!

Levantó al «gángster» con facilidad en una demostración de vigor tremendo.

Avanzó con él, echado sobre su hombro izquierdo como un fardo, la metralleta en la mano derecha.

Cerca de la salida hubo de detenerse. Vio una pequeña puertecilla adosada al lado izquierdo del almacén, entreabierta.

Un rayo de luz escapaba a través de la angosta abertura. Depositó a Kopra en el suelo. Se deslizó en dirección a la luz sigilosamente.

Le llegó el rumor de alguien que hablaba sin cesar. Cuando estuvo cerca pudo distinguir el sentido de las palabras.

Era una voz ronca, jadeante, como si su poseedor hubiese efectuado un esfuerzo físico desacostumbrado.

—Muy bien, gatita. Me gusta que tengas las uñas afiladas. Así nos divertiremos más. ¡Ven aquí!

Hubo un ruido de lucha. Luego se alzó una voz femenina en cuyo acento había un asco profundo:

—¡Suéltame, cerdo! ¡Me das asco!

«Voz Ronca» dejó escapar una carcajada. Gruñó:

—Me gusta, nena. Eres una individua con personalidad. Fulanas como tú son las que hacen falta en el mundo.

Dejó «Voz Ronca» transcurrir algunos instantes antes de seguir hablando.

Cuando lo hizo, había cierta cautela en su fono:

—Escucha, preciosa. No seas tonta. Te conviene mostrarte inteligente. «Torpedo» se cansa pronto de las «guachis», ¿entiendes? Después los muchachos tendremos ocasión de disfrutar un poco contigo. Es mejor que sea uno solo y no todos, ¿te das cuenta? Yo...

Un sonido inarticulado fue la reacción de la mujer sometida a las proposiciones de aquel Don Juan gangsteriano.

Comprendió el agente del

F. B. I.,

que aquella mujer debía ser la que viera custodiada por uno de los criminales en los momentos iniciales de la fuga.

Decidió intervenir. Se daba cuenta de que representaría un estorbo.

Mas no podía dejarla en manos de los bandidos. Ciertamente que había de encontrar la forma de deshacerse de ella sin malograr su tarea. Pero aun a riesgo de fracaso debía salvarla.

De nuevo le llegaron las palabras de «Voz Ronca».

Decía:

—Oíste jaleo de disparos antes, ¿verdad? «Torpedo» está

haciendo un poco de limpieza, hermosa. No tardará en venir. Después de una faena como ésta suele estar de un humor raro. Decídate cuanto antes. Tú...

Era un tipo de corta estatura, ojos estrábicos, piernas en arco.

Empuñaba una pistola, que en contraste con su desmedrado cuerpecillo resultaba casi un cañón.

Enfilaba el arma en dirección a la mujer. Garret quedó sin habla durante algunos minutos, expuesto a una reacción por parte del criminal que terminase con su vida.

Más le fue imposible escapar a una momentánea parálisis. Porque el espectáculo de Mara Kadar, mostrando un hombro y el nacimiento suave del pecho, a causa de la lucha sostenida con el bandido, resultaba impresionante.

Durante algunos instantes creyó haber recibido un impacto en el centro del pecho que lo inutilizaba.

Como un relámpago cruzó por su imaginación el que jamás había presenciado nada tan hermoso, de tanta belleza, como la figura de aquella mujer, de miembros largos, armoniosos, rostro de ensueño, cabellera rojiza, ahora alborotada, y ojos de fuego.

Fué la voz del «gángster» contrahecho lo que motivó el que reaccionara.

—¡Cuernos! —graznó «Voz Ronca»—. ¿Qué es esto? ¿Quién eres tú?

Asentaba la pistola en su dirección. En los ojillos negros, desconfiados, se encendía una luz peligrosa.

Despreció el hablar. Era urgente escapar de allí. Así, sus métodos fueron contundentes.

Apretó el gatillo de la metralleta, que no había soltado. El arma crepitó bajo su brazo.

«Voz Ronca» cambió su gesto de feroz por otro de asombro y sufrimiento.

La mujer gritó. Y su voz apagó el sonido del cuerpo del bandido al chocar contra el suelo.

Se volvió Garret hacia ella. Dijo:

—¡Cállese! ¡Venga conmigo!

Comprendió que tendría que apelar a la dureza. No podía permitir un ataque de histerismo en aquel momento.

Le abofeteó en el instante en que se disponía a gritar

nuevamente.

Conminó:

—¡Cierre el buzón de una vez, hermosa! ¡Tenemos que salir de aquí en seguida! ¡Vamos!

Al recibir el golpe, Mara creyó haber chocado contra un camión cargado de ladrillos.

No obstante, agradeció el tratamiento. Porque, efectivamente, había estado a punto de comportarse como una damisela de los años del romanticismo.

Los acontecimientos que iba viviendo se complicaban cada vez más.

Experimentaba la sensación de hallarse en medio de un confuso carrusel, donde se agrupaban una serie de extrañas personas, cada una de las cuales influía en sus actos violentamente.

Mas sin saber la razón de ello, la última intervención, personificada en aquel pelirrojo abofeteador la tranquilizaba.

Para la muchacha la proximidad de un peligro material, incluso admitiendo la posibilidad de morir, era menos desagradable que el contacto de las manos viscosas del pequeño bandido, de piernas estevadas, que ahora yacía como un montón de ropas, sorprendido por la muerte en medio de una orgía de sensualidad asquerosa.

Con movimiento apresurado arregló sus ropas. Siguió tras el pelirrojo, deseando escapar de aquel lugar siniestro.

Vio cómo Garret levantaba el cuerpo de Lem Kopra sin aparente esfuerzo.

Le llegó la orden seca, casi explosiva:

—Adelante, hermosura. Procure esquivar las balas cuando empiecen a disparar... si es que la suerte no nos acompaña.

Se encaminó hacia la salida. Esperaba que los compinches de «Torpedo» fuesen exclusivamente los que ahora estaban fuera de combate.

Acertó. Pronto estuvieron fuera del almacén. Sobre sus cabezas las estrellas intentaban romper la capa de neblina que los humos y el calor situaban sobre la ciudad.

Garrett embutió a Kopra en el asiento trasero del coche, que había quedado aparcado en las cercanías luego de trasladarlos hasta allí.

No cesaba de darle vueltas al pensamiento intentando resolver el

problema que la presencia de la mujer representaba.

Finalmente decidió llevarla con él, por el momento. No podía arriesgarse a dejarle marchar.

Lógicamente, si así lo hiciera, correría a presentarse a las autoridades, proporcionando una sabrosa historia a la prensa diaria.

La noticia de que «Pendenciero» Morris, un criminal con los instintos de una hiena rabiosa, había dejado escapar una presa luego de tenerla entre sus manos, resultaría tan extraña como una ola de calor en Siberia en pleno invierno.

—¡Sube! ¡Rápido!

No lograba sustraerse al recuerdo de la belleza de la muchacha.

La veía aún, semidesnuda, incitante y peligrosa, capaz de volver loco a cualquier hombre caso de proponérselo.

Puso el motor en marcha. El vehículo arrancó con suave rumor. Aceleró.

Necesitaba encontrar un médico. Pasó revista a sus recuerdos intentando localizar alguien que sirviese para el caso.

A su espalda resonó la voz de Mara carente de entonación, serena:

—Oiga. Este hombre está muy mal. Hay que curarle en seguida. De lo contrario morirá.

—¿Quién es usted?

—¿Cómo?

Mara había sufrido un sobresalto al ser interrogada acerca de su personalidad tan bruscamente.

Contestó al fin:

—Me llamo Mara Kadar. Soy enfermera de la prisión. Sus amigos utilizaron mi coche para entrar en ella. Luego me han obligado a seguirles.

Las piezas finales del rompecabezas encajaron en el cerebro de Garret.

Se admiró de la simplicidad y eficacia del plan elaborado por «Balas» Curtís.

Nada de efectismos y complicaciones. El «boss» había aprovechado cada una de las circunstancias naturales para ponerlas a su servicio.

Experimentó un gran alivio. La declaración de la muchacha resolvía su problema. Ella misma cuidaría del herido.

Iba a expresarlo así cuando fue interrumpido por Lem Kopra. La voz del «gángster» era débil, aunque animada de la habitual resolución.

—¡Rayos! ¿Qué ocurre? ¿Dónde... me lle... vas, muchacho?

Respondió sin apartar su atención de los accidentes del camino.

—Hay que curarte, Lem. De lo contrario acabarás desangrado por completo. He pensado llevarte a un campamento de automovilistas, cerca de Queens. Nadie pensará que nos hemos refugiado allí. Tú...

—¡Olvídate de eso! —Gruñó con decisión Kopra—. «Balas» sabe que estamos juntos, ¿no? Tú has estado poco tiempo en Estados Unidos, antes de que te echaran el guante. Conocen cada uno de los sitios que frecuentabas... y ese campamento será uno de ellos, ¿verdad? Tardaría en dar con nosotros el tiempo en que empiece a pensar. Y Curtís piensa muy rápido, amigo. Te... ne... mos que...

Su voz se había ido debilitando poco a poco. Garret detuvo el coche.

Encendió la luz interior. Lanzó una exclamación de disgusto ante el espectáculo que se presentó a sus ojos.

Kopra yacía derribado en el asiento posterior. Sus ropas estaban empapadas en sangre. El rostro del «gángster» era una máscara de terrible palidez.

Mara había intentado taponar la herida aprovechando la escasa luz que los faros del alumbrado público reflejaban durante la marcha.

Mas se hacía indispensable llevar a efecto una cura completa.

Clavó la mirada en la muchacha. Satisfecho observó que parecía haber superado la crisis anterior.

Inquirió:

—¿Cree que podrá hacer algo por él?

Ella inclinó la cabeza en señal de asentimiento. Y de nuevo la sensación de que junto a aquel hombre nada podía sucederle la invadió con fuerza.

Kopra se removió. Abrió los ojos. Garret se dijo que aquel hombre poseía una naturaleza privilegiada.

La herida que sufría era de tal importancia que a cualquier persona normal la habría enviado a la tumba.

Kopra, por el contrario, alentaba aún y conservaba la capacidad

de planear y ordenar.

—Oye... «Pendenciero» —hubo de inclinar la cabeza a fin de poder oírle—. Hay un sitio donde podemos ir. «Balas» no podrá encontrarnos allí.

—¿Dónde es?

—En Chinatow. Calle Lower. La lavandería de Ling-Su.

Pregunta por Maud. Ella... nos a... cogerá.

Mientras recorría las semi desiertas calles de la ciudad, buscando el corazón de Chinatow, iba pensando en las extrañas complicaciones a que le sometía el destino.

En aquel momento le interesaba únicamente salvar la distancia hasta Lower Street en el menor tiempo posible.

Deseaba salvar la vida a Kopra, un despiadado asesino, al que en circunstancias normales no habría vacilado en matar, pues de ello dependía el éxito de su misión.

Poco a poco, en el transcurso de los días iba afirmándose en la idea de que el hombre a quien buscaba, «Balas» Curtís poseía vinculación de alguna clase con las fuerzas federales.

De haber sido posible habría sospechado de Angus Mac Bride. Pero no siendo así, sólo quedaba una posibilidad, algo que ni a él mismo le gustaba confesar mentalmente.

Esperaba comprobar pronto sus sospechas... si podía arrancar a Kopra de las garras de la muerte.

Fijó sus pensamientos en Mará Kadar. La sangre corrió ardiente por sus venas.

Había conocido a muchas mujeres, amado algunas... y abandonado más tarde, huyendo de complicaciones excesivas.

Ahora experimentaba algo nuevo. Tan sólo el imaginar que apretaba entre sus brazos a la muchacha, que se encogía aterrorizada en la parte trasera del coche, era suficiente para hacerle perder la sangre fría.

Se prometió que habría de conocerla mejor..., cuando la pesadilla de sangre y violencia que estaban viviendo juntos acabase.

Lower Street no era más que un callejón, perpendicular a la amplia vía de Main Street, desprovisto casi en absoluto de luces.

La lavandería de
Ling-Su

se abría al centro de la calle, en un edificio de varias plantas y estrecho frente de fachada.

Detuvo el coche ante el establecimiento. Se apeó. En su mano empuñaba la metralleta que antes perteneciera a «Torpedo».

Descubrió un timbre en tino de los laterales de la puerta de madera que daba acceso a la lavandería.

Pulsó varias veces. Veía la esbelta silueta de Mara Kadar, rígida, a corta distancia de él.

No la había amenazado con el arma a fin de que se mantuviese en silencio, más confiaba en que su sola vista serviría a tal propósito.

Le llegó el rumor de leves, pasos al otro lado de la puerta de la lavandería.

Alguien abrió una estrecha rendija. Inquirió:

—¿Quién es? ¿Qué anda buscando?

—Vengo de parte de Lem. Me dijo que preguntase por Maud. Ella...

Hubo un forcejeo en el interior del establecimiento. Luego la puerta se abrió del todo.

Una mujer se perfiló contra la débil luz, adosada a la pared del fondo de un cuartucho de pequeñas dimensiones, en donde se apilaban montones de ropa sucia y grandes cestos.

—¿Dónde está Lem? ¿Qué le ha ocurrido? ¿Porqué...?

Garrett cortó aquel torrente de interrogantes con un enérgico ademán. Inquirió:

—¿Es usted Maud?

—Sí.

—Bien. Lem está ahí fuera. Herido. Dijo que le trajese aquí. No está muy bien, ¿comprende?

Era alta, de curvas rotundas que se marcaban bajo el ajustado vestido de seda negra.

Se desprendía de ella un efluvio de sensualidad formidable. Su piel, muy blanca, se destacaba en rotundo contraste con el oscuro tejido que la envolvía.

Demostró una gran serenidad. Le miró inquisitiva durante algunos instantes.

Luego dijo:

—Está bien, amigo. ¿Qué espera? Traiga a ese mastodonte.

¿Quieren que los muchachos de «Balas» sepan dónde están?

IX

LEM Kopra rió. Como resultado una mueca de dolor apareció en su rostro.

Garret vio correr gruesas gotas de sudor a lo largo de la frente del «gángster».

Pensó que, de no ser un criminal, aquel hombre podía haber alcanzado notoriedad, dominio sobre otros en cualquier terreno.

Porque Kopra poseía una fortaleza física excepcional unida a un carácter férreo que le permitía vencer los sufrimientos.

—Bueno, «Pendenciero» —exultó Kopra—. ¿Qué te parece? Nos huele la cabeza a pólvora, ¿eh?

Se hallaban en una habitación de pequeñas dimensiones, recargada con una decoración oriental, grabados representando pájaros y flores, almohadones, un sofá, alfombras...

Mara Kadar se mantenía silenciosa, a un tiempo actora y espectadora de la escena.

Y le parecía haberse convertido en un comparsa poco importante en una obra a medias policíaca y futurista.

Maud realizaba una exhibición de pantorrillas, contemplada por Kopra y Garret en forma admirativa.

Ella sabía que sus piernas atraían la mirada de los hombros y se mostraba generosa. En definitiva, tal había sido su profesión siempre. Formaba parte de un conjunto de baile en un «*night-club*», en donde se exigía cualquier cosa menos conocimiento de la danza.

Garret eligió sus palabras cuidadosamente. Cualquier equivocación echaría a perder por completo sus posibilidades.

Tenía que convencer a Kopra para que le llevase a presencia del hombre que se ocultaba tras seudónimo de «Balas» Curtís.

Dijo:

—¿Quieres decir que tendremos que vivir desde ahora como unas ratas cobardes, Lem?

La mueca que descompuso las facciones del «gángster» le convenció de que sus palabras acababan de herirle.

Prosiguió:

—¡Caramba! Creo que me hubiese gustado más volver a Inglaterra, amigo. Me ahorcarían, sin duda alguna, pero no tendría la sensación de haberme convertido en un pelele, temblando siempre, perseguido como un conejo. Yo...

—¡Cierra el pico! —interrumpió violento Kopra—. ¿Qué mil rayos crees que podemos hacer? Me gusta tan poco como a ti lo que sucede, pero «Balas» Curtís tiene en sus manos todos los triunfos. Tendremos que escapar. Tal vez cuando pase algún tiempo...

Se silenció. Fue Maud la que habló ahora. Sus rodillas, perfectas, se mostraron con generosidad al levantarse del montón de almohadones que ocupara hasta el momento.

—... Vamos, Lem, no seas idiota. Tú sabes que no hay sitio en el mundo donde puedas escapar a la persecución de «Balas». Te encontrará, no hay duda. Y a ti también, amigo. Sólo existe una posibilidad...

Estableció una pausa. Acabó luego con una sonrisa forzada:

—Tal vez «Balas» contraiga una enfermedad y se muera. En ese caso...

Las palabras eran humorísticas, pero en las profundas, negras pupilas de la bailarina, había verdadera angustia.

Garret habló:

—Sigue sin gustarme eso. ¿Por qué no hacemos algo?

—¿Qué piensas?

Kopra le miraba extrañado. Contestó:

—Bueno. Esperar a que «Balas» contraiga el tifus me parece una tontería, pero si pudiéramos enfermarlo de plomo...

Estalló Kopra:

—¡Estás loco! ¡Eso es imposible!

—¿Por qué? Tú sabes quién es ¿no? Somos dos hombres y él uno solo... En estos casos no cuentas los perros guardianes para nadie. ¿Por qué no podemos hacerlo?

Kopra iba a decir algo, más se contuvo. Quedó pensativo durante algunos instantes.

Al fin levantó la cabeza que había mantenido inclinada en actitud reflexiva. Dijo:

—¡Demonios! Quizá se pudiera hacer, «Pendenciero». Pero yo sirvo para poco ahora. Cada vez que hago un movimiento parece que me parten en dos.

—Bien. Eso no importa, Llévame hasta «Balas», Lem. Del resto me encargo yo.

Hubo un nuevo silencio. Mara notaba una tensión en el ambiente que, unida al calor, oprimía el pecho impidiendo respirar con facilidad.

Estaba soñando, se decía. Ésa, Mara Radar, participe en una conferencia de bandidos, donde se forjaba el asesinato de uno de ellos.

Y lo peor del caso era que no podía sentir repulsión hacia el hombre a quien llamaban «Pendenciero».

Únicamente una vaga melancolía derivada del pensamiento de que aquel criminal no viviría mucho tiempo.

Kopra dijo:

—¡Demonios! ¡Lo haremos tal como dices, «Pendenciero»!

Se dispusieron a salir. Antes de hacerlo, Maud salió volviendo al poco con varias cajas de cartuchos de repuesto.

También llevaba un par de revólveres del veintidós, que entregó a los dos hombres.

El familiar peso del arma en la mano recordó a Garret su condición de agente federal y la misión que desempeñaba.

Se preguntó qué estaría haciendo ahora el inspector Mac Bride. Una leve sonrisa curvó sus labios. Seguro que pasearía como un tigre enjaulado, imaginando dónde podría estar él y qué estaría ocurriendo.

Antes de abandonar la habitación inquirió:

—¿Qué haremos con la chica?

Kopra contestó:

—Maud se encargará de ella. Esperará un par de horas y luego la dejará ir. No me gustan los «negocios» en los que interviene un rapto..., sobre todo de una mujer. ¿Qué te parece?

Respondió:

—Está bien. Como quiera que sea, difícilmente podremos volver a verla...

Agregó al cabo de un instante:

—... O tal vez, si salvamos el pellejo, la busque algún día para invitarla a pescar...

Miró a la muchacha. Inquirió:

—¿Le gustaría que lo hiciera?

La contestación de ella le asombro:

—Pruebe a hacerlo. Quizá «me guste la pesca»... cuando llegue el momento.

Se mantuvo en silencio hasta que Kopra y él se hallaron en el interior del coche.

Inquirió entonces:

—¿Dónde vamos, Lem?

—Primero hay que hacer unas averiguaciones, muchacho. Ese «Balas» es tan escurridizo como una bola de billar. Pero hay un tipo que le conoce bien. El único que siempre está al tanto de dónde se encuentra.

—¿Quién es?

—Un abogado. Un pez importante, «Pendenciero».

Extremando las precauciones, a fin de evitar que el movimiento le abriese la herida, Kopra puso en marcha el vehículo.

Aceleró poco a poco. Enfiló hacia Manhattan. Garret se sentía excitado.

Acariciaba la culata del colt suavemente. ¡Al fin parecía próximo el momento en que se enfrentaría con «Balas» Curtís!

Temía y deseaba comprobar que sus sospechas, no comunicadas a nadie, y que incluso en su interior no se atrevía a formular con claridad, se confirmasen.

Porque, en realidad, sólo una explicación cabía a lo sucedido desde el momento, en que se produjo la aparición del super bandido «Balas» Curtís.

Tres hombres del

F. B. I.,

desaparecidos, muertos. Y en cada caso se había guardado el secreto de su actuación en la forma más completa posible.

Así, «tenía» que existir un traidor en las filas federales. Pero ¿quién?

El inspector Angus Mac Bride, encargado del caso desde su principio, aceptaba el que no era capaz de señalarlo.

El mismo albergaba tan sólo débiles sospechas acerca del asunto, que habrían de confirmarse o demostrar su falta de base cuando llegase a presencia del «boss».

Rodaban ahora por las inmediaciones de Park Avenue. Lentamente, Kopra detuvo el coche.

Lo hizo en la calle Sexta, frente a un edificio de aspecto imponente, lindante casi con las verjas del parque.

—Aquí es —habló el «gángster».

Una suave luz escapaba del portal del edificio. Garret inquirió:

—Bueno. ¿Cómo sacaremos a ese tipo de la cama?

—No lo sé —confesó Kopra—. Lo único que digo es que no podemos permitirnos el lujo de equivocarnos. Sería lo último que hiciéramos en este mundo.

—Sólo hay un medio, Lem. Los métodos directos.

—¿Qué quieres decir?

—¡Caramba! Está claro. Hay un portero de noche en esa casa, ¿no es así? Bueno; entramos. Yo le clavo el revólver en la barriga. O habla o me lo «carga». Hablará, tenlo por seguro.

Kopra asintió entusiasmado.

—¡Demonios, muchacho! Da gusto trabajar contigo. Tienes razón. Es el único medio.

Ayudó Garret al «gángster» a bajar del coche. A cada minuto que transcurría se maravillaba más de la increíble resistencia física de Kopra.

Cualquier otro hombre estaría en la cama pensando en preparar la valija para el último viaje. Kopra, por el contrario, se hallaba en la calle, recorriendo el sendero de la venganza.

El portero nocturno del edificio, Broome, despertó de una agradable duermevela para verse ante el redondo, siniestro ojo de un revólver.

Su corazón perdió varios laidos Sintió como si una bomba extractora arrastrase su sangre de forma incontenible.

—¡Muévete, gusano! —hablé la especie de gigante que empuñaba el arma—. Llévanos al apartamento de Jam Kapel. ¡Pronto!

El hombre obedeció, aunque cada paso que representaba arrastrar un peso de varias toneladas.

Jamás había visto caras tan siniestras como las de aquellos

bandidos. Pensó en Kapel. Siempre había dicho que las actividades de aquel pájaro no eran claras. Ahora tenía la confirmación.

Le habían obligado a llevar la llave maestra. Penetraron en el apartamento, oscuro y silencioso.

El gigante inquirió:

—¿Cuál es la habitación de ese bastardo?

Señaló hacia una de las puertas que se abrían en el amplio «hall». Se adelantó el bandido pelirrojo.

Había encendido la luz despreciando todas las precauciones. En su papel de pieza acosada, Garret actuaba lógicamente.

Una breve mirada le bastó para abarcar el conjunto de la habitación. Colores suaves, cortinas, una cama amplia, baja.

En ella un hombre que abría unos ojos asombrados, intentando recuperar el habla.

Kopra entró tras él. Rompió el silencio:

—Buenas noches, Jam. ¿Estabas soñando con las muchachas de Hollywood, cerdo?

Balbució el abogado:

—¡Kopra! ¿Qué... qué demonios... pasa? ¿Por qué...?

Kopra se volvió hacia el guardián nocturno. Ordenó:

—¡Vuélvete, imbécil!

Obedeció nuevamente el portero. Apenas lo hubo hecho, el «gángster» levantó la mano armada; la dejó caer sobre el cráneo del hombre. Se desplomó, quedando en el suelo, inmóvil.

En la cara de Kopra había una expresión de sufrimiento intenso. Parecía próximo a caer desvanecido.

No obstante, su mano armada enfiló con firmeza el estómago del abogado. Masculló con furia.

—Escucha, hijo de perra. No podemos perder el tiempo. Necesito encontrar a «Balas» Curtis. Tú sabes dónde está. Te doy un par de segundos para que escupas la información. ¡Habla o sentirás los tormentos del infierno si no lo haces! ¡Pronto!

Garret presenció de qué forma Jam Kapel se derrumbaba. En los ojos del abogado había una mirada de terror profundo.

No intentó resistirse. Estaba convencido de que nada le salvaría si mostraba la más ligera resistencia.

Gimió:

—¡Está bien, Lem! Te llevaré junto a él, claro que sí. No debió

tratarte así. Yo le dije que tú no le traicionarías nunca, que debía...

Feroz, le interrumpió el otro.

—¡Acaba de una vez, babosa! ¡Muévete!

En pocos segundos estuvo vestido Kapel. Deshicieron el camino anterior hasta el coche, delante de ellos el abogado, inseguro sobre sus piernas, esperando a cada instante recibir un balazo por la espalda.

Ordenó Kopra:

—Morris, ponte al volante. Yo me quedaré junto a Kapel para evitar malos entendidos.

Se encaró al abogado:

—¿Dónde vamos, Jam? Tú mandas ahora la expedición.

—Brooklyn —informó lacónico Kapel—. Cerca del astillero de la Marina. Seguro que estará allí «Balas».

—Ya lo sabes, «Pendenciero» —gruñó Kopra. Haz que vuele este bote de conservas.

Puso en marcha el vehículo No hablaron hasta llegar al puente de Manhattan. Pagaron el peaje. Fue entonces cuando Kopra rompió el silencio.

—Eres un tipo magnífico, Morris. Un buen compañero. Haremos grandes cosas los dos. Una vez que hayamos cerrado para siempre el pico de «Balas» nadie podrá cortarnos el camino. Seremos, los amos de la ciudad...

Hablaba con monótona entonación, sin parar, incontinentemente. Garret pensó que debía hallarse bajo el dominio de la fiebre, pues charlaba sin descanso, soltando cuanta información poseía.

—Resulta gracioso lo que ocurre —prosiguió, el «gángster»—. Ahora vamos a hacer algo que he esperado durante mucho tiempo. Acabaremos con ese bastardo. ¿Sabes? Es un poli, un maldito federal, una rata asquerosa y traidora. Por eso ha querido liquidarme. Únicamente yo conozco su secreto, ¿comprendes? Yo y este bastardo que tiembla como un conejo y al que tendremos que suprimir también.

Un gemido ahogado escapó de la garganta del abogado al oír su sentencia de muerte.

Chilló:

—¡Estás loco, Lem! ¡No debes hablar así! Puedo serte útil,

muchacho. ¡A ti y a tu amigo! Seguiremos con el «negocio» de «Balas». Puedo hacerlo, Lem, puedo hacerlo. Ayudarte mucho...

En el interior de Garret había una mezcla de sentimientos. Las palabras de Kopra confirmaban sus ideas.

No hacía falta que le dieran el nombre del traidor que se ocultaba bajo el nombre de «Balas» Curtis.

Ahora sabía quién era. Pisó el acelerador con rabia. En su bolsillo derecho notaba el peso del revólver colt, como un recordatorio, como una especie de promesa.

Pensó que «Balas» Curtis no llegaría a sentarse en el banquillo de los acusados.

Un hombre que jugaba tan fuerte como aquél no se entregaría sin resistencia.

Le llegó lejano el aullido de las sirenas de una embarcación que remontaba el River East.

La voz de Kopra continuaba desgranando palabras, palabras como un torrente contenido largo tiempo por una presa, rota súbitamente.

X

DEJÓ caer el auricular sobre el soporte de bakelita gris, con un golpe seco.

Masculló una maldición entre dientes. Joyce, la rubia platino que amenizaba sus horas aquella noche, le miró con temor.

—¿Qué te ocurre? —inquirió al fin, luego de vacilar—. ¿Van mal los negocios, pichoncito?

Si se hubiese limitado a expresar interés, «Balas» Curtis le habría ignorado sencillamente.

Mas aquella palabra de «pichoncito» removió los posos de la ira en su interior.

Se acercó a ella amenazador. La aferró por uno de sus brazos, aquellos miembros blancos, mórbidos, capaces de trastornar las ideas de un pensador de cien años, y la obligó a levantarse.

Joyce se encogió llena de terror. Sabía lo que iba a ocurrir. No se engañó.

«Balas» la abofeteó con ira. Era una especie, de válvula de escape a la rabia que se acumulaba en su mente.

Observó, complacido, las marcas de sus dedos en la mejilla de la mujer.

Se sintió halagado bajo la mirada temerosa, igual a la de un perro, que Joyce fijaba en él.

La empujó hacia atrás con violencia. Joyce trastrabilló, desplomándose al fin en el diván, donde poco antes se había sentido más fuerte que «Balas».

La voz del «gángster» resonó como un latigazo:

—¡Fuera de aquí! ¡Márchate!

Escapó antes de que cambiara de opinión. Conocía bien las violentas reacciones de que era capaz «Balas».

A veces se había preguntado cómo un hombre, cuya apariencia y comportamiento habitual resultaban normales, podía cambiar tan rotundamente.

Mas así era. Se entregaba a accesos de furor durante los cuales nadie estaba seguro a menos de una milla de distancia.

Quedó solo, preso en las garras de la incertidumbre. No tenía miedo.

Tal sentimiento le era desconocido. Pero el edificio casi matemático que había construido, interponiendo entre él y la ley muros inexpugnables, delataba una fisura capaz de hacerlo caer en ruinas.

¡Lem Kopra había escapado! Se maldijo por no haber llevado a cabo él mismo la tarea de eliminarlo.

Despreció las posibilidades de aquel hombre. Creyó que «Torpedo» sería capaz de resolver el problema.

Y olvidó que cada individuo posee gran capacidad de autosuficiencia, imaginando, si se le da ocasión para ello, que puede modificar los planes trazados por otros, mejorándolos.

Vertió una fuerte dosis de «*whisky*» en uno de los vasos que había sobre Ja redonda mesita situada junto al diván.

Las marcas de colorete que resaltaban sobre los bordes del otro vaso le hicieron recordar a Joyce.

Una oleada de furor le invadió. ¿Cómo podía hallar placer junto a una mujer así?

Más en seguida sonrió. Ciertamente, Joyce poseía cualidades sobresalientes.

Durante algunos instantes se recreó en placenteras imágenes.

Joyce era incapaz de sostener una conversación inteligente. Pero sus piernas eran estupendas.

Desconocía por completo las tendencias artísticas o intelectuales, más al moverse sus caderas ejecutaban sinfonías nunca escritas por los grandes compositores.

No podía quejarse. Vivía de acuerdo con lo elegido por él. Mucho tiempo atrás se planteó el dilema de cuál sería el camino adecuado, en un mundo gris, carente de interés para un hombre.

No vaciló. Arrojó a un lado toda clase de escrúpulos; se lanzó en medio de la podrida sociedad que le rodeaba arrebatando de las garras codiciosas de otros hombres los dólares que habían de

auparle hasta la altura necesaria.

Sin embargo, no encontró la paz de espíritu que suponía compañera de la riqueza.

Creía que bastaba con el dinero para dejar de ambicionar, puesto que tendría a su alcance cuánto necesitase.

No fue así. Cada día buscaba nuevas emociones, procuraba empresas criminales nuevas a fin de hallar la plenitud soñada.

Y al cabo de muchas experiencias se preguntaba si merecía la pena haber traicionado a la Institución a la que jurara lealtad, al Federal Bureau of Investigation, para obtener tan pobres resultados.

Desechó aquellos pensamientos, con un enérgico movimiento de cabeza.

Era idiota volver sobre el pasado. Si se hallase en circunstancias iguales otra vez, de nuevo actuaría como entonces. No se arrepentía de nada.

Se preguntó dónde estaría ahora Lem Kopra y cuáles serían sus reacciones conociendo lo que le esperaba.

¡Había que eliminarlo! Porque Lem Kopra constituía el eslabón más débil de la cadena por donde el

F. B. I.,

podía llegar al conocimiento de la verdad.

Cualquiera que no fuese él pensaría, quizá, que los tenaces sabuesos del Federal Bureau of Investigation cesarían de buscarle luego de ser asesinados tres de sus miembros.

Pero «Balas» Curtís no podía engañarse. En tanto alentase uno de los hombres de las fuerzas federales seguirían investigando, pisando las huellas del criminal que había osado desafiarles.

Recogió el auricular. Marcó un número. Oyó el timbre al otro lado de la línea, mas nadie contestó.

Aquel silencio no le gustaba. Sin duda, Jam Kapel podía faltar de su casa siempre que le pareciese bien.

Más los nervios sensibilizados de «Balas» hallaban extrañada coincidencia.

¡Lem Kopra estaba en libertad, un lobo rabioso, aguijoneado por el odio!

Bebió el «*whisky*» de un trago. Se sirvió más. No tenía miedo, pero notaba sus nervios en tensión.

Tras él se produjo un rumor que le obligó a saltar sorprendido.

De nuevo maldijo. ¿Qué le ocurría? Tan sólo era el reloj. Oyó sonar las campanadas. Las cuatro.

Todos los hombres de su organización disponibles se encontraban ahora tras las huellas de Kopra.

¿Quién era aquel individuo que le acompañaba? «Pendenciero» Morris. Un nombre. Alguien sin importancia.

Realmente...

Fué en aquel momento cuando llegó la señal. Una voz que reconoció al punto se elevó en el silencio donde aún vibraban las ondas sonoras de las campanas del reloj.

—Buenas noches, «Balas». ¿Estás nervioso?

Reaccionó como impulsado por un resorte. Un segundo más tarde se enfrentaba a su enemigo, a Lem Kopra, empuñando su revólver de corto cañón, aquel que un día le entregaran al tiempo que la enseña de agente del

F. B. I.

Disparó. Vio caer a Kopra. Quiso sorprender también al hombre que acompañaba al «gángster».

Pero de repente comprendió que no lograría su propósito.

Porque el pelirrojo compañero de Lem era Stamley Garret.

Vio saltar hacia él un rayo luminoso que se clavó en su pecho. Sintió un golpe terrible, una oscuridad absoluta le envolvió.

Como entre sus sueños le llegó una voz acusadora que gritaba su nombre.

Aquel nombre que ocultara con tanto cuidado, un secreto que le llevó a matar a dos de sus compañeros federales.

¡Fred Manning!

Se hundió en un abismo en caída vertiginosa. Y no se dio cuenta del momento en que su rostro, del que se desprendían las ya inútiles gafas y el bigote postizo, que le sirvieron para ocultar su identidad, chocaba contra el suelo con violencia.

—Extraño tipo ese Manning, ¿eh?

El inspector Angus Mac Bride habló manteniendo como de costumbre la pipa entre los dientes.

—¿Extraño?

El interrogante quedó flotando en la atmósfera, igual que impalpable polvillo trepando por los rayos de sol.

Garret miró sorprendido a su interlocutor. Prosiguió:

—No, no lo creo así. Por el contrario, imagino que se comportó de manera normal. Mucho más que el resto de los humanos, al menos en su inmensa mayoría.

Parecía estar reflexionando y en realidad así era. Hablaba en voz alta, mas sus palabras servían a pensamientos que no necesitaban formulación exterior.

—Era un hombre fuerte, pleno de ambición y energía en un mundo gastado, caduco. Pero semejantes apetencias las tienen casi todos los hombres, ¿no te das cuenta? No obstante, las reprimen, se adhieren a una serie de formulismos que les obligan a caminar por senderos de vulgaridad. Todos llevamos en nuestro interior un pirata, un ser dominador e implacable. Sólo que...

Cesó de hablar. Angus le miraba con interés. Comprendía bien que aquellas palabras de Stamley Garret eran el resultado de la tensión experimentada en los días anteriores.

Conocía la sensación de vacío y esterilidad que casos como el de Fred Manning dejaban en el corazón de quienes habían sido sus compañeros.

Y siendo un profundo conocedor de la naturaleza humana desvió la conversación hacía cauces menos peligrosos.

—Bien —inquirió—. ¿Qué piensas hacer con los siete días de permiso que te he concedido generosamente?

La sonrisa que apareció en los labios de Garret le dejó confuso. Era una mezcla de ensueño y satisfacción, algo que jamás observara antes en su amigo.

—Voy a dedicarme a la pesca, Angus. Tengo un discípulo, ¿sabes?

Y el inspector Mac Bride conoció que la Mujer había surgido en la vida de Stamley Garret.

FIN



EDITORIAL ROLLAN

presenta:

F. B. I.

EXTRA-OESTE

SELECCIONES DEL F. B. I.

MUSTANG

DAGO

AVENTURAS DEL F. B. I.

MENDOZA COLT

ROCK VANGUARD

SOLITARIO JIM

GANGSTERS

SPUTNIK

Y próximamente una magistral serie de cromos
tomados directamente de los fotogramas de
THE SLEEPING BEAUTY - «LA BELLA DURMIENTE»
la maravillosa película del mago del dibujo

WALT DISNEY

presentada en Super Tecinirama 70 y Technicolor

EDICOLOR, S. A., MADRID - 1960

**PRECIO DE ESTE
VOLUMEN: 6 PTAS.**

NOTAS

[1] Cajas fuertes. < <